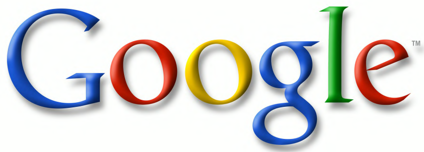


VÍCTOR PÉREZ PETIT

JOYELES

BÁRBAROS

MONTEVIDEO
« Imprenta Artística », de Dornaleche y Reyes
Calle 18 de Julio, 77 y 79
1907



JOYELES BARBAROS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA LIBERTAD DE TESTAR Y LA LEGÍTIMA (agotada) . . 1 volumen
ZOLA (agotada) . . . . 1 »
LOS MODERNISTAS (2.ª edición) . . . . 1 »
CERVANTES (agotada) . . . . 1 »
GIL (novelas y cuentos) . . . . 1 »
JOYELES BÁRBAROS (sonetos) . . . . 1 »

PRÓXIMAS Á APARECER

EL PARQUE DE LOS CIERVOS. . . . . 1 volumen
HIPOMNEMO . . . . 1 »
ALMAS INQUIETAS . . . . 1 »
LOS REALISTAS . . . . 1 »
LA CIUDAD DEL ESPÍRITU . . . . 1 »
TEATRO . . . . 1 »

EN PREPARACIÓN

LA JOVEN AMÉRICA. . . . . 1 volumen
LOS IDEALISTAS . . . . 1 »
LOS GENIOS . . . . 1 »

VÍCTOR PÉREZ PETIT

JOYELES

BÁRBAROS

MONTEVIDEO
« Imprenta Artística », de Dornaleche y Reyes
Calle 18 de Julio, 77 y 79
1907

A la memoria de mi padre

JUAN FRANCISCO PÉREZ

V. P. P.

Tetrapylum

Mis editores han deseado, siguiendo la costumbre hoy día muy generalizada en Francia y España, agregar á las páginas de este volumen, los juicios, crónicas y cartas con que otros escritores, nacionales y extranjeros, me han benévolamente favorecido; y es del caso que yo declare que tal intento, si no realizable por completo (dado el número de los artículos consagrados á mis modestos libros), puede serlo en cierto modo, excogitando algunos de ellos — los que por la belleza de la forma que los viste y la autoridad indiscutible de la firma que los abona, pueden, al par que satisfacer el deseo de aquellos señores, mis amigos, proporcionar al lector lo que acaso este libro no llegue á proporcionarle: una sensación artística, honda y profunda.

No dejaré de confesar que se me ha representado vivamente la inmodestia de que me hago reo al

acceder á esa demanda; pero, ¡pobre pecador de mí! ¿cómo negarme á lo que con tan buenas razones se me solicita, á lo que con tan elevados ejemplos se me induce? Si Baudelaire, Gautier, Goncourt y cien otros escritores de igual valía, pecaron por ahí, ¿se inculpará á este pobre cura que no tiene la talla de aquellos artífices y necesita, mejor que ellos, de buenas manos amigas que le protejan?

Decídome, pues, y escojo cuatro artículos, con la plena seguridad de que, descartados los inmerecidos elogios que en ellos me tributan los señores Ferreira, Mas y Pí, Ambruzzi y Vargas Vila, evidenciarán mis propósitos artísticos, el camino que he seguido y los esfuerzos que he hecho para no pasar inadvertido en la historia literaria de mi patria.

De todos modos, esas críticas consagradas á anteriores publicaciones mías, son tan oportunas como los prólogos con que se encabezan las ediciones de libros que buscan un poco de benevolencia para sus muchos defectos. Y este libro, más que otro alguno, impetra benevolencia.

El autor.

Bocetos montevideanos

Víctor Pérez Petit

Está de moda. Los literatos, jóvenes y viejos, — los que han visto desaparecer ya sus ambiciones de gloria bajo la nieve de sus cabellos, y los que recién se inician, llena el alma de entusiasmos, en esta vida cruel de las letras, — le dedican con cariño sus artículos, en tanto que de afuera, del extranjero, llegan rumores de aplausos, murmullos de aprobación, notas altamente honrosas para su reputación de escritor, en las cuales vibra el elogio espontáneo y desinteresado, el elogio que se conquista únicamente con talento. Su nombre literario, pronunciado todavía ayer con desdén fingido por labios convulsos por el despecho ó la envidia, resplandece ya en una aureola de simpatía, esperada de mucho tiempo atrás, y autores de fama indiscutible, como Remy de Gourmont, Gómez Carrillo, Darío y Obligado le han prodigado sus frases de aliento, haciéndole una justicia que le negaban, en un arrebato de egoísmo histérico, hasta los mismos que la consideraban merecida. ¿Será éste el prólogo del reconocimiento que se debe á sus méritos? Todo hace creer que sí, por más que aquél no llegue á producirse tan pronto

ni tan fácilmente. Vale mucho Pérez Petit para que se le reconozca en todo lo que vale. A semejanza de esos árboles vigorosos que extienden rápidamente sus ramas y proyectan sombra sobre los arbustos que crecen á su lado, ha tenido la desgracia de llegar demasiado pronto á una altura que no lograron ni lograrán escalar nunca los ambiciosos vulgares, haciéndose así reo de un delito que no se perdona jamás, como no se perdona todo aquello que hiere ú ofende la vanidad humana. Joven por los años, es viejo por el talento, quizás el más viejo de todos los literatos jóvenes y también de los literatos viejos. Su cerebro es un cerebro sólido, bien nutrido, y su temperamento el de un atleta. Todo lo que le falta en músculos y carne le sobra en voluntad: — voluntad de hierro, que no se rompe en ninguna ocasión, aun cuando á veces parezca expuesta á doblarse de improviso á impulsos de la bondad.

Pocos son los que admiran á Pérez Petit con una admiración sincera, y muchos los que pregonan y agrandan sus defectos, sin apreciar sus bondades, que son mayores que aquéllos. Allí donde la vulgaridad cree descubrir un manantial de pasiones estrechas ó el fondo obscuro de un carácter irascible, avinagrado eternamente, se esconde, sin embargo, un espíritu delicado y sutil, espíritu de artista que sufre con las desgracias de los demás, con las flaquezas de sus semejantes, y trata de remediarlas con remedios enérgicos. Por eso es crítico y por eso se le considera severo y excesivo en sus apreciaciones. Para él, sin embargo, la crítica es un ministerio sagrado, algo más digno de águilas que de gusanos, algo que está por encima de odiosidades y pequeñas asechanzas. Serena inteligencia para profundizar los problemas de la vida y criterio sano para juzgar los hombres y las cosas, tiene siempre confianza en sus fuerzas para realizar tal empresa, y cuando recoge desengaños en vez del estímulo

á que es acreedor, se consuela con la satisfacción íntima de haber llevado á cabo una acción hermosa, de haber desempeñado la misión del médico que ataca el mal allí donde lo descubre, sin moverse á compasión por los ayes del paciente, sin anhelar otro premio que el alivio de la humanidad y el perfeccionamiento de la ciencia. No emplea el cloroformo y la morfina para suavizar el dolor de sus críticas, porque los anestésicos no dan resultado alguno en literatura, y porque el crítico verdadero, lo mismo que el cirujano hábil, no necesitan recurrir á tales procedimientos para ejercer tranquilamente su delicado oficio. Si desgarran algunas veces, es porque, desgarrando, mejoran al paciente.

Físicamente, Pérez Petit no tiene nada de extraordinario. Los rasgos de su físico no han de causar sorpresa: unos ojos de acero en un rostro cetrino, y unos bigotes enormes debajo de una nariz gruesa y sensual. Lo que ha de sorprender un día es su crítica literaria y su prematura y vastísima ilustración. Hay que observarlo de cerca para darse cuenta de lo que almacena en su cerebro y de las sensaciones á que continuamente somete su espíritu. Es incansable para el estudio é incansable para la producción: una especie de máquina en continua actividad. Los que creen conocer su temperamento y su manera de criticar, y le señalan una semejanza completa con Leopoldo Alas, llegando á decir que trata de imitarlo hasta en sus violencias, hasta en sus arrebatos constantes de mal humor, que se manifiestan en palabras breves y acres y en explosiones de estrepitosa indignación, se equivocan por completo. Y se equivocan así, ligeramente, porque desconocen la obra que ha emprendido, y que constituye ya el albor de un nombre brillante. Ella sola basta para poner de relieve la fisonomía intelectual del crítico, con sus gustos y tendencias para juzgar lo bello, y el afán, bien manifiesto y logrado en la mayoría de los casos, de aproximarse á

Taine, el gran historiador y literato, antes que á otros maestros modernos, empleando en sus estudios el simple análisis, exponiendo los hechos con toda sencillez, prescindiendo del hombre para ocuparse del autor, centro de la obra, y evitando en absoluto caer en el empleo de reglas fijas y de sistemas y preceptos condenados por el buen gusto literario. No se debe apreciarlo en sus artículos rápidos, escritos al correr de la pluma, en una alegre reunión de amigos ó aguijoneado por la exigencia del tema, sino en sus producciones serias, bien meditadas; en esas páginas originales y severas, cuyo estilo, elegante y correcto, y cuya erudición, de primera mano, revelan, á simple vista, al escritor de talento, al hombre que tiene formada una elevadísima idea del arte, y se complace en derrochar en su obsequio, con la esplendidez de un potentado, todas las energías de su espíritu, todas las claridades de su cerebro. Un enamorado no sacrificaría por su amante lo que Pérez Petit ha sacrificado por la literatura: sus mejores años y sus más exquisitos placeres.

La crítica literaria entre nosotros es obra suya, exclusivamente suya. Al intentarla solamente, intentaba una empresa colosal, respetada por los más atrevidos y temida por los más osados. Y él la inició y la llevó á cabo sin ayuda ajena, tropezando con mil obstáculos, luchando contra enormes resistencias, pero oponiendo á todo un gran valor moral é intelectual, una indiferencia profunda para afrontar los odios y las burlas sangrientas de la gente del oficio, acostumbrada hasta entonces al halago incondicional, y reacia, como las criaturas mimadas lo son al castigo, á la verdad amarga y á la opinión sensata y desnuda. Desempeñó su cátedra con entera confianza y dió al desprecio, desde el primer instante, todas las preocupaciones que pudieran hacerle titubear en su propósito. Si sus censuras, agrias algunas veces, — aunque justificadas siempre por la necesidad de apelar á los

recursos extremos, — han causado innumerables víctimas, ¡qué inmenso bien, en cambio, han proporcionado á la literatura! Las disciplinas y las frases punzantes marchitan muchas esperanzas nacientes y desvanecen muchas creencias sonrosadas; pero ¿no vale acaso ese derrumbe de ensueños locos y de huecas vanidades el beneficio que produce la educación del buen gusto y el discernimiento de títulos que hagan distinguir el verdadero mérito del mérito usurpado? ¡Oh! Pérez Petit sabe bien que muchos no querrán reconocerle ni ese sencillo esfuerzo, esa contribución propia y espontánea al adelanto de nuestras letras; pero se venga de todos ellos dejando caer de sus labios palabras de compasión, en las cuales hay mayor fondo de amargura que de irónico despecho. Las injusticias de que es objeto no le sublevan, y no se inquieta poco ni mucho porque le quieran ó le dejen de querer. Ni en los rasgos enérgicos de su rostro, ni en la mirada dura de sus pupilas azules deja traslucir jamás el deseo de agradar, de buscar simpatías y conquistarse amistades. Es de los que no tratan de seducir con sonrisas y de los que cierran las puertas de su alma á los importunos que pretenden asomarse á ellas para curiosear en su interior. Si agrada, bien; si no agrada, mejor: tal es su divisa. Se basta á sí solo para recorrer la parte de camino que le corresponde en el vasto mundo, y marcha hacia el fin con la altivez de los seres fuertes. Únicamente los débiles de espíritu necesitan de andadores para no caer.

EDUARDO FERRERIA.

Montevideo, 1898.

Modalidades de un artista

Víctor Pérez Petit, el autor de *Gil*, era ya conocido á mi espíritu, que hace algunos años se había regodeado íntimamente con la lectura de ciertas bravías y altaneras críticas publicadas en la prensa de Montevideo y á las que debí conocimientos estéticos, ahondados luego en libros de más fondo científico. Años más tarde, hace muy poco, leí de él *Los Modernistas*, donde su combatividad de otros días había dejado libre paso á la obra reposada del cincel, en cierto modo cuidadoso en demasía. Y por esto su obra reciente no me fué del todo extraña, pues sus modalidades tan diferentes de combatiente y artista aparecen profundamente delineadas en ella, debiendo aún tenerse en cuenta que todos los cuentos que además de *Gil* componen esa colección de *Acuarelas* y *Aguas fuertes* fueron escritos en los mismos años en que aparecían sus críticas mordaces, pudiendo ser considerados como los reposorios del combatiente que á ellos arribaba todavía enfebrecido por la lucha, todavía sudoroso y sin aliento en la angustia mortal que sigue al encuentro feroz.

Por esto, al través de la frase artística, de la contextura galana de todos los cuentos, se nota que el alma de ellos no es la tranquila y reposada que conviene al artista puro que se olvida de todo lo que no sea su arte; por

esto más allá de su palabra gentil y de su frase irrumpe siempre el ansia del crítico con su violencia peculiar y altiva.

Pérez Petit se demuestra en la mayor parte de los cuentos un cuidadoso por excelencia de la frase. Por lo artístico y armonioso de algunas páginas recuerda á D'Annunzio, de quien posee el sensualismo de la expresión, la morbidez del pensamiento, la cálida construcción de la frase que sabe hacer vibrar como bronce y gemir como cristal, mientras las palabras desmayan, languidecen, mueren, retorciéndose como mujeres en furia, como hembras en celo, en espasmos y estertores que por exageración de vida tienen algo de enfermizo.

Recuerdo á este punto cuán grande es la admiración que Pérez Petit muestra por D'Annunzio el magnífico y por Eugenio de Castro el extraño, en su obra *Los Modernistas;* y en el interés que demuestra por esos dos autores, paréceme comprender su modalidad artística tan especialmente extraña, tan diferente del medio en que vive, tan lejos de ese otro que pinta en sus *Acuarelas* y donde no hay esas vidas, esas sensaciones que si él describe es porque así las entiende en el cosmopolitismo de su ser, abierto á todas las sensaciones, propicio á todos los sentimientos de belleza y de arte.

Gil, novela corta que da título al volumen, en su naturalismo estrecho y feroz, que tanto placía en 1893, cuando fué escrita, aparece á las necesidades artísticas de hoy como algo monstruoso, como algo que repugna al sentimiento y duele á la razón; no porque no sea exacta y no haya en ella mucha verdad, sino precisamente por exceso, por lujo de naturalismo, que llevado á un punto tan extremo, hace olvidar del arte y de lo bello para reducir la obra á la impasibilidad de un espejo, cruel en su detallismo implacable. *Gil,* en su crudeza de análisis, en su dura inflexibi-

lidad de observación, duele muy hondo en el corazón sensible, se torna feroz como una pesadilla, sin una página siquiera que tenga el consuelo de una esperanza ó de una ilusión. Es una obra excesivamente cruel, feroz en demasía, que desconsuela é inspira amargos pensamientos.

La idea generadora de toda la miseria encarnada en el cuerpo de ese hijo del mal, de ese Gil degenerado, maldito por la sociedad y la naturaleza, es una idea negra que ya no cabe dentro de la literatura moderna y que sólo puede ser aceptada como una modalidad de su autor, indicando el comienzo de una evolución hacia más amplios y hermosos horizontes, que en el mismo volumen se diseñan, y que no podían menos de surgir, porque era imposible que en el pensamiento de un hombre subsistiese por mucho tiempo el estado depresivo de que *Gil* es un indicio irrefutable. Debía de venir luego la distensión naturalmente exagerada en sentido contrario, hasta que el tiempo devolviera el equilibrio natural y lógico. Las *Acuarelas* que vinieron después de *Gil* marcan la exageración en sentido contrario al de esta novela, así como *Aguas fuertes* señalan el comienzo del equilibrio, hoy finalmente conseguido por el ilustre escritor y crítico uruguayo.

Bien lo ha comprendido así él mismo, cuando en el prólogo de la obra indica que su gusto actual ha evolucionado, que nuevas ideas y rumbos modifican y encauzan su criterio, pero que á pesar de todo no rechaza la obra de ayer, porque ella refleja una parte de su modalidad de escritor, y esto es, á mi entender, lo que da mérito á la mayoría de esos cuentos, á veces tan desemejantes, tan opuestos, pero que señalan con claridad innegable las etapas del escritor, los gustos y aficiones que le han llevado al estado en que actualmente se encuentra.

Si así hicieran todos los escritores, si no por una falsa unidad, por una mentida cohesión artística no despreciaran

la mayor parte de su producción, más fácil, mucho más fácil sería en verdad comprender la obra de cada artista, y aquilatar la influencia de cada cual dentro de su escuela y sobre el medio en que actúa.

Hay en la vida del escritor momentos en que la mente no puede concebir todo lo verdadero, todo lo bello, todo lo bueno que fuera su aspiración; pero, no porque no quiera, sino porque accidentes superiores influyen sobre su voluntad y encauzan sus razonamientos hacia otros que no son los suyos propios. Pero, aun ,en aquel momento, el artista es sincero y es lógico, no con referencia á lo eterno y á lo general, sino en relación á lo momentáneo y particular, y no hay, pues, que acusar por ello al artista, ni hacer hincapié de terminologías científicas para buscar las causas que engendraron esas obras á veces incoherentes y no totalmente útiles, como las que nos regàlaron los hijos de un minuto de decadencia, porque aun esos mismos en ese minuto en que el ambiente les vencía, eran enteramente lógicos y sinceros; por el contrario, hay que aprovechar esas obras como el médico los esputos y deyecciones del enfermo, para ver en ellas la causa que las provocara y estudiar con el amor de costumbre esa modalidad de una vida, sin dejarse arrastrar por el afán de mostrarse superior, libre, inmune, — ambición á todas luces imposible.

Hubo un momento en que nuestra literatura, bajo el influjo directo, como nunca, de la francesa, diluía los esfuerzos de sus cultivadores en pequeñeces mundanas que pretendían universalismos imposibles dentro de la viciosidad de su composición. Así eran los cuentos que llenaban las revistas francesas, donde las cocottes imperaban y donde todo noble sentimiento quedaba reducido á la expresión sencilla de una necesidad fisiológica. Hubo un tiempo en que las demimondaines imperaron también en la literatura americana, y al influjo de eso, que era más bien un producto de causas eco-

nómicas que empujaban á nuestras playas una verdadera inmigración de vicio y de literatura jouisseuse, no pudo escapar Víctor Pérez Petit, forzado también á ello por la necesidad orgánica de hallar en esa literatura epidérmica el descanso que le era necesario á su combatividad permanente de crítico profesional.

Pérez Petit escribiendo *Las ligas de Lulú* entre dos críticas contundentes y montaraces, era completamente sincero, y basta comparar el estilo de una y otra producciones para comprenderlo. El mismo afán que en la crítica le llevaba á combatir por la verdad, cifrada entonces en el naturalismo, le hacía forjar en su obra escrita páginas artísticas como las de *El fruto prohibido* y *Las botinas acusadoras,* en que todo el estetismo del autor tiende hacia un sensualismo exagerado, compensación lógica de todas las ansias de vida que se veía en la necesidad de reprimir en sus artículos de crítica.

Detalles son éstos que juzgo imprescindibles para amenguar los denuestos que sobre la obra de Pérez Petit no dejarán de lanzar aquellos que no ven más que lo inmediato, sin comprender las atracciones y repulsiones que dan el equilibrio á todos los hechos humanos y que le juzgarían con errónea y malévola intención si solamente hojearan el volumen que nos ocupa y dieran con las *Acuarelas* que no son más que una, y tal vez no la peor, de sus modalidades, que, sucediéndose y en evolución continua, han llegado á componer su figura viril y digna, quizá la más interesante de la literatura uruguaya.

Después de la exageración naturalista *(Gil)* y de su contragolpe, la exageración que pudiéramos llamar parnasiana *(Acuarelas),* comenzó el equilibrio con esas *Aguas fuertes,* que señalan el comienzo de ese artista que es hoy Pérez Petit, con todo lo bueno y útil que practicó en las dos escuelas anteriores, asimilado á su idiosincrasia de escritor fuerte y sano.

Conserva á veces su hondo idealismo: resabios del arte por el arte que le atrajera por un momento, pero aún como en el cuento maravilloso de *La música de las flores*, el hombre surge en el artista y demuestra sentir más los dolores y las penas de sus personajes. Ya no se desinteresa por ellos, ahora les quiere, les ama, y en todos los cuentos de esta parte el autor se presenta bajo una nueva faz: *El beso de la muerte*, con su fondo macabro, fantástico; *La felicidad* tan cruel, en su sencillez de cosa vivida, de caso común y vulgar; *Lo último*, tan humano en su contraste de ciencia y miseria, y así todos, todos los demás, porque todos son *hechos*, son *casos*, son *fragmentos de vida*, mereciendo mención especial esa página naturalísima titulada *Parando rodeo*, á mi entender lo mejor del libro, porque es natural, sencillo y sentido. *Parando rodeo* es un cuadro real, arrancado á la vida de las cuchillas uruguayas: transportado con fidelidad irrevocable, vale un libro; pero un libro que valga mucho. Pérez Petit se muestra en ese cuento el verdadero naturalista que ha quedado en él después de la reacción parnasiana que ha sufrido. Es la más elevada demostración de su valer como hombre y como artista.

Y el artista... dejadme volver hacia atrás, á *Música de las flores*, ese cuento que es una verdadera orquestación de perfumes, un estallido de músicas, una irrupción de sensaciones tamizadas por un sensualismo de la vida, finísimo, profundo, agudo, penetrante. Es un delirio de colores, de perfumes, de formas; pasan, como en las páginas iluminadas de un herbario movidas rápidamente por una mano invisible, centenares de flores, con sus peculiaridades, con sus detalles, que hacen que surja del libro todo el encanto de una primavera.

Y Pérez Petit no se conforma con darnos la visión feérica de esas flores agitadas en sus tallos, movidas sobre sus pedúnculos, sino que de ellas extrae imágenes, comparaciones,

ideas que forman algo más que la visión muerta de un herbario, componen el conjunto de un vuelo de mariposas en danza loca, la carrera de un grupo de niñas, flotantes los vestidos, flotantes las cabelleras, entre risas, entre perfumes, en una oleada primaveral y cálida.

Hay que leer esa página que en cierto modo recuerda á aquellas en que Des Esseintes hacía cantar los licores. El poeta de Pérez Petit hace más: imagina un poema dramático en que toman parte innúmeras flores, componiendo la página más luminosa y ardiente que hemos leído en la literatura de nuestro idioma, de la que no caben transcripciones, porque la mutilación sería un sacrilegio y es necesaria la lectura de las veintiséis páginas que componen ese cuento, para poder valuar en su justo mérito su hermosura intrínseca, en la grandiosidad que abruma, en la abundancia de detalles que aplasta, en la perfección del lenguaje que seduce, en lo inmenso de la fantasía que supone, abismando el espíritu del lector en un mar de sensaciones indefinibles, mórbidas, mórbidas como el roce de una femenina mano suave sobre la frente calenturienta de un soñador abandonado.

Y por estas páginas maravillosas, por estas páginas inimitables, bien merece Pérez Petit que su libro sea un libro bueno, porque en él aparece su personalidad artística, noble y fuerte, al través de las modalidades del momento, grande como artista de la frase, poeta del pensamiento, digno de que se le otorgue el lauro que un día su mano colocó sobre la frente de D'Annunzio en aquella frase que resonó como un toque de victoria:

¡Un Poeta!

JUAN MAS Y PÍ.

Buenos Aires, 1906.

“Los Modernistas”

... *Un grande y verdadero amor por el arte y un amor sincero, al propio tiempo, por los que lo realizan con soberano talento:* queste parole — che tolgo dalla dedica con cui mi rese più caro il volume che gentilmente mi mandò — sono la sintesi più schietta del nuovo libro del dott. Pérez Petit, uscito testè in elegantissima edizione coi tipi di Dornaleche y Reyes.

E solo un grande, immenso amore per l'arte e per i suoi sacerdoti poteva ispirare uno studio di severa e profonda critica letteraria come questo; solo questo amore poteva suggerire per tale studio una forma che traduce la critica in opera d'arte essa medesima. Poichè la trattazione dell'argomento, per se stesso arido, è così geniale, che si legge più dilettando la fantasia che esercitando il ragionamento; perchè l'Autore ci conduce seco nei giardini fioriti dell'arte *modernista:* quell'arte che egli pure coltiva, e di cui presto potremo godere una manifestazione in un dramma che egli ha composto da qualche tempo e che solo pochi intimi hanno potuto leggere manoscritto.

Pochi, a dir il vero, vedono chiaro in questo arruffio di modernismo, simbolismo, decadentismo ed altri *ismi* contemporanei, come direbbe il Capuana; e la confusione che si fa di queste scuole letterarie, è la causa principale che si

mettano in un mazzo questi poeti d'un ideale che non si capisce da tutti e si gratifichino con un olimpico disprezzo. L'Autore mette bene le cose a posto, e nello studio sulla *Lirica in Francia*, con chiarezza mirabile segna i confini delle varie scuole, ne indaga la genesi e ne fissa i caratteri. Ed è questo già da solo un grande servigio reso alla letteratura contemporanea. Tutte le manifestazioni del modernismo letterario sono studiate in questo aureo volume, che riunisce felicemente i più eletti campioni nel crogiuolo d'una critica ottimista e piena d'entusiasmo, bensì, ma allo stesso tempo illuminata e giusta.

Così nello studio su Hauptman, l'Autore analizza l'idea socialista introdotta nella letteratura; col D'Annunzio studia l'arte moderna nella sua esplicazione più aristocratica; col Tolstoi l'ideale neo-mistico, con Eugenio De Castro l'*Esotismo*, con Nietzsche la filosofia egotista, con lo Strindberg il feminismo, con Ruben Darío la potenza creatrice dell'immaginazione, con Yakchakof l'anarchismo, con Verlaine le teorie malate dei parnassiani e dei decadenti.

E tutto in forma eletta e nuova, nello stile fiorito ed elegante con cui l'Autore suol cesellare le sue novelle e le sue poesie. La mente è vinta dal lenocinio, ed entra nel convivio degli eletti, e vive la vita psicologica degli abitanti di quel giardino i cui profumi la inebriano e in cui una specie di musica suadente la convince e la conquide. Così entrai coll'Autore nell'ajuola paradisiaca di Gabriele D'Annunzio, e per poco non mi prostro anch'io con lui ad adorare il nume avvolto nel candido paludamento, il capo ricinto dalla dèlfica fronda...

Poichè il Pérez Petit è un adoratore del nostro D'Annunzio. Il capitolo che a lui dedica, è tutto un inno, a cui faranno seguito altri due articoli, nei quali sarà studiato il D'Annunzio romanziere e drammaturgo.

Benchè ammiri la superba arte, la fine aristocratica arte

della forma, in cui è Maestro insuperato il D'Annunzio, io non appartengo alla schiera dei ciechi ammiratori di lui. In ogni suo libro, io vedo l'autore in estatica adorazione di se stesso; e infatti egli è il poeta dell'egotismo, ed è lui, non Tullio Hermil, che nell'*Innocente* dice di se stesso: "... essendo io diverso dagli altri ed avendo un diverso concetto della vita, posso giustamente disprezzare l'opinione altrui e vivere nella assoluta sincerità della mia natura eletta."

E questo erigersi a superuomo, che si presta maledettamente alla caricatura, nuoce nel mio concetto alla personalità dell'autore, e per riflesso alle sue opere.

Ma a parte queste prevenzioni, nella tormentata ricercatezza della forma trovo pure un difetto, che, sia pur nato dall'esagerazione d'un pregio, è pur sempre difetto, e mi urta un poco; e perciò non sono d'accordo coll'egregio critico nel trovare gemme anche là dove mi par di vedere sforzo retorico, che troppo s'allontana dall'aurea semplicità, insegnataci da quella grande eterna maestra d'ogni arte che è la Natura. Ma non vorrò io censurare il mio egregio amico se trova arte ciò che a me sembra artificio: può ben darsi che abbia ragione lui, e del resto trovo logico che essendo entusiasta ammiratore del D'Annunzio, egli ne accetti la scuola senza eccezioni e senza restrizioni.

Qualunque sia però la mia convinzione sull'opera dannunziana, non posso non provare un senso di viva gratitudine per questo straniero che studia così bene la nostra letteratura e che scioglie con tanta sincerità un osanna entusiastico ad uno dei principali nostri poeti, la cui grandezza, non ostante i difetti, nessuno può mettere in dubbio. E il capitolo che il dott. Pérez Petit dedica al D'Annunzio è tale, che non solo dimostra profondo studio della nostra lingua e dei nostri scrittori, ma un amore altrettanto profondo per la nostra arte: cosa della quale, come italiano, gli serbo alta riconoscenza.

Ma in questo studio, l'Autore ha preso in esame ed ha analizzato solo in uno de' suoi aspetti l'arte dannunziana. Auguro che egli presto come promette, completi il suo lavoro di amorosa analisi intorno al tanto discusso poeta, ed allora ne parlerò più ampiamente. Per ora, stringo la mano al valoroso scrittore che sa esercitare la critica con tanta genialità d'artista e che dedica la sua vasta e solida coltura all'educazione letteraria ed estetica de' suoi compatriotti pubblicando libri come questo, densi di pensiero, ricchi d'erudizione, preziosi per rettitudine di giudizio, e lieti della bellezza e dell'eleganza profuse a larghe mani nella forma spigliata e graziosa, che è degna veste del nobilissimo concetto.

L. AMBRUZZI.

1903.

Del libro "Prosas laudes"

(FRAGMENTO)

En ciertos escritores, la patria no imprime huella ninguna;

ellos la imprimen á su patria;

entre el Genio y la Patria hay casi siempre un duelo: ó el Genio domina á su patria; ó su patria lo devora;

la patria, es una casualidad geográfica;

cuando no es una... calamidad... geográfica;

la patria está en el corazón;

devorado Romero García por la suya, ¿queda en América algún gran zolaísta en pie, digno del renombre y de la gloria?

sí:

Víctor Pérez Petit;

de Zola tiene el alto estilo; pero modernizado, sutilizado, lleno de sol, sobre su enorme espejo de mar profundo y cambiante;

de cinceladuras no es hecho ese su estilo, reposado y viril, de una plástica armoniosa, que, más tiene templanzas de acero damasquino, que acicaladuras de ánfora etrusca, ó repujes de vaso de oro, antiguo;

ni pesado de ornamentación, ni debilitado por el esfuerzo

de la tensión en equilibrios de prosodia, sino monumental más que escultural, desnudo y fuerte, casi sin arabescos, como el muro de un templo griego, sólo ornado de metopas;

estilo de pensador;

no que valga sólo por la masa y la acumulación del pensamiento que llegara á hacer difusa su visión, no;

porque en Pérez Petit, el pensador está doblado de un artista;

un pensador enérgico, doctrinario, dando con pasión al Arte, el esfuerzo viril que no reposa, la hora que quita á su meditación filosófica, á su labor de combatiente, en esta época negra, en que la vergüenza de la Vida, sube hasta la demencia;

hora de desolación, en que el espíritu humano siente que la obliteración de las almas ciegas, sube como una marea, en el misterio profundo que hace llorar la Noche...

hora en que los hombres de profundidad y de pureza, ven con espanto la mueca vergonzosa de los esclavos, que deshonrando la articulación de la palabra piden á grandes gritos la cadena (1);

sociólogo idealista y contemplativo, magnificando su pensamiento por las ternuras infinitas de su corazón, su espíritu asciende y vive con igual libertad, en el recinto hermético y

(1) Este estado de alma colectivo á que me refiero y que pertenece más á la patología que á la sociología de esos pueblos enfermos, en período agudo de degradación, se refiere exclusivamente á América, donde las almas viles de algunos intelectuales, estragados de la esclavitud, aspiran á refugiarse en la conquista y no aciertan á hallar salud fuera del periplo de la servidumbre. ¡Como si el cambio de librea, aliviara la vergüenza de llevarla!... Incapaces de hacer un pueblo nuevo, ensayan, como los anexionistas intelectuales de Cuba, hacer de la sangre de sus amos muertos, el fantasma de nuevos amos. Ponen á Roosevelt la espada de Weyler, y creen que han vencido... ¿Quién preside la yankofilia ayuda de esos anexionistas cubanos? Enrique José Varona!... — (Nota de Vargas Vila.)

sinfónico del Arte, que en los vastos espacios de la Historia y en los horizontes ilimitados de la Libertad, donde bajo el ala maternal de las tormentas, duermen las águilas futuras de la Acracia;

y hace de los libros suyos, exquisitos breviarios de hondo dolor, donde el heroico silencio de las almas, vibra más alto que el arrebatado lirismo de otros libros;

fuentes de misteriosa y honda Piedad fluyen de ellos;

aspiraciones igualmente tenaces aguijonean su espíritu, en el vuelo hacia las dos infinitas idealidades: la Belleza y la Libertad;

un estremecimiento de rara vitalidad llena su obra;

esa fiebre que se llama Vida, según el decir de Edgard Allan Poe, la posee, angustiosa y apasionada, y la comunica á sus creaciones con una extraña intensidad dolorosa, que las hace como contraerse bajo la pesadumbre de la inevitable desolación;

hay como una agonía de almas en la ciudad doliente y profética de sus libros, en sus paisajes impresionistas, como llenos de extraordinarios ponientes de Sol;

Gil, es una protesta; *Gil*, es una lamentación, de todas las cosas implacables, de todas las cosas miserables de la Vida;

Gil, es, como un libro de Job, palpitante de Infinito;

el sueño de felicidad social, tierno y difuso, que obsesiona la mente de Pérez Petit, pugna por mostrarse entero y grandioso, en vuelo violento hacia el futuro, libre de las desesperaciones del pasado;

la novela social espera su Apóstol, en América, aquel que con la doble pasión de la Belleza y de la Piedad, despliegue en el horizonte su bandera de Misericordia y de Esperanza;

la hora de la literatura de acción ha sonado;

toda obra de Arte debe ser una obra de combate;

á la literatura pasiva, debe suceder la literatura activa;

todo artista debe ser un combatiente...

la novela aspira á transformarse y se hace el campo de los hombres libres;
es la hora de demoler;
el hierro está en la llaga;
salvemos ó matemos;
denunciemos primero;
venceremos después;
la novela socialista está llamada á eso;
¿quién la escribirá en América?
¿quién podría hacerlo mejor que ese socialista evangélico, ese escritor austero, de innegable maestría, que es Víctor Pérez Petit?
en el movimiento majestuoso de río, que lleva sus creaciones, los paisajes de la Piedad, se retratan con una tan gran tenacidad, que esa Misericordia es casi un grito de venganza...
infinita ternura é infinito coraje, ¿qué más necesita el alma enardecida del Apóstol?...
la piqueta está alzada;
demoler, es vencer . . . .
. . . . La fuerza inagotable y á veces ruda, de la inspiración, no quita á la obra de Pérez Petit, la ecuanimidad de las proporciones, la belleza del celaje, solemne, como las sombras de la tarde, de donde emergen arquitecturas inverosímiles, llenas de efectos de sol y de nostalgias;
todos sus paisajes de alma — que no otra cosa son sus cuentos, —tienen la poesía blonda y consolatriz de los poemas;
artista, sí, que lo es; y de alta envergadura;
su alma misteriosa, que estiliza la joyería radiante de su prosa, sabe sorprender, percibir y analizar la psiquis de los otros, en sus sueños soberbios y refinados;

de ello dan testimonio, sus *Modernistas:* camafeos en mosaico, de una tan bella orfebrería, que resiste y hace pendant con *Los Raros* de Darío, ese prodigio de modernidad fulgurante, arrojado como un desafío, á la total incomprensión estética de una época, á la artistofobia de un medio miserablemente petrificado en la incultura y el odio al Ensueño espléndido, generador de maravillas;

después que los turiferarios de la mediocridad, han deshonrado la Crítica, ejerciéndola como un oficio lucrativo, contra el mérito, no cabe en el lenguaje del decoro, llamar crítico, á un espíritu tan cultivado y á un hombre, tan digno del título de escritor, como Pérez Petit;

sus artículos, son, exquisitas sensaciones de Arte, llenas de un imperioso sueño de Verdad y Voluntad, fuertes, sin ornamentaciones difusas, llenos todos, de una amable justicia, que sólo saben hacer las almas grandes;

si Pérez Petit, hubiera sido un fracasado, uno de tantos impotentes, inevitablemente predestinados al naufragio y al Olvido, se habría agarrado á las tablas de la crítica vacua y cuasi asnal, con que nos regalan tantos tontos de capirote, empeñados en perdurar á fuerza de envilecerse;

su gran talento, desdeña esa táctica de monos náufragos;

hace estudios de Arte, no hace Crítica; y, deja á los agotados, á los estériles, la vergonzosa tarea de insultar la fecundidad radiosa del Genio;

en el proceso de la evolución intelectual de América, Pérez Petit, tendrá un alto puesto de honor, entre los creadores del Arte nuevo y los sembradores del sueño futuro;

su estilo sin retórica, pero lleno sin embargo de elipsis y de anacólutos continuos, que hacen como un serpentear de rayos, lo coloca de los primeros entre los modernistas enamorados del heteroclismo lleno de coloraciones, del poema sinfónico de la palabra, del jardín de la armonía, lleno de rosas líricas que cantan...

pensador sin arcaísmos y sin trabas, lleno de un sentido humano y compasivo, él, va, de los primeros también, en ese grupo de novadores, que ansían, con voluntad invencible, abrir al hombre nuevos horizontes, nuevas vías, que lo liberten de este dolor brutal de la Injusticia, que de tal modo mancha y apena esta irredenta vida humana, miserable y magnífica;

en Pérez Petit, *el escritor está en el hombre*, según la palabra profunda de Pascal;

y, en él, el hombre es noble y complejo, clarovidente y artista, exaltado por la embriaguez sublime de lo justo y de lo bello;

su Filosofía triste, ha visto todos los aspectos de la Vida, y, aún no se atreve á maldecirla...

¡aún guarda la esperanza de embellecerla!

¡privilegio concedido á los grandes rehusadores del aplauso fácil, á aquellos solitarios altivos, de quienes dijo Gœthe, que llevan dentro de sí, toda una Estética y toda una Ética;

su vida es como un ritmo unísono y escultural;

un gran río que va hacia el Bien, bajo un cielo de Belleza;

la Naturaleza les dió la Vida, como una prueba, y, ellos, se la devuelven como un honor, después de haber vivido honrándola;

la magnifican con vivirla;

un artista es eso: la magnificación de lo divino;

un poeta así, puede vivir lejos de todos los honores, puesto que tiene el Honor;

y, el Honor, que crece, se llama: Gloria.

J. M. VARGAS VILA.

París, 1906.

I

El Ciclo de hierro

Los siglos

Las fieras

VA el tigre descendiendo al arroyuelo
con lenta precaución; la poderosa
garra disimulada en la sedosa
suavidad de su andar de terciopelo.

Tocando con el vientre casi el suelo
avanza. Se detiene. La nerviosa
cola flagela el anca sudorosa;
luego avanza otra vez con sordo anhelo.

Y, bruscamente, salta hacia el ribazo,
como un arco de acero distendido,
y va á caer, rugiendo, sobre el toro;

en tanto que en la entraña del zarpazo
con púrpuras violentas encendido,
pone el sol un raudal de abejas de oro.

Las cigüeñas

LA Luna, como un blanco lampadario
suspendido en la noche, allá, muy lejos,
al Nilo envuelve en pálidos reflejos
con la blancura fría de un sudario.

Levantan hacia el cielo un milenario
orgullo las Pirámides. Sus viejos
contornos se extravían en complejos
horizontes de timbre funerario.

Y como si velaran los blasones
de aquellos suntuosos faraones
que el tiempo convirtió en mudas peñas,

á la orilla del rio las cigüeñas
se sumergen en graves reflexiones
bajo los astros, que les hacen señas.

La ciudad que arde

ATERRADOS, los altos panoramas
vieron arder á la ciudad entera
en medio de una furia vocinglera
de humos espesos y gigantes llamas.

Cual si al viento lanzaran sus proclamas
vulcanos rojos de ímpetus de fiera,
hasta el cielo se elevan de la hoguera
sangrientos y furiosos oriflamas.

Y al desplomarse, inerme, algún palacio
con la grave actitud de los artistas
asciende, en frenesí, por el espacio

un diluvio de chispas de colores,
cual si un volcán lanzara vibradores
enjambres de granates y amatistas.

Primavera

AL través de los campos florecidos,
como una suave aparición de nieve.
la Ninfa pasa, con su planta leve
levantando gorjeos en los nidos.

Toda la tarde sobre el bosque llueve
una risa de oro; sus latidos
atraen á los Silfos escondidos,
y entre las rosas un motín promueve.

Cuando llega la noche y los rumores
se apagan lentamente en la espesura
con el muriente son de un harpa eolia,

torna la Ninfa, derramando flores,
á su escondida encina. Y su blancura,
en la noche, parece una magnolia.

Visión lunar

SOBRE la gran desolación salvaje
de la Pampa, la noche sigilosa
se tendía cual viuda dolorosa
envuelta en negro y espectral ropaje.

Bajaban, fatigados de su viaje,
las luces de los astros. Cautelosa,
la tiniebla trazaba una espantosa
mueca de horror en medio del follaje.

Y de pronto, inaudita, como una
pupila inmensa, apareció la luna
tras los barrotes de una red extraña:

sobre el disco inflamado que surgía
el varillaje del juncal ponía
la nipona figura de una araña.

La estrella del conquistador

LA Noche y el Silencio. Como alciones
perdidos en el mar, las carabelas
rayan la inmensidad con sus estelas
buscando de las Indias las regiones.

Luego surge el Terror. — Tripulaciones
angustiadas al ver, sus centinelas,
los alisios dormidos en las velas,
se yerguen en salvajes rebeliones.

Y entonces el ensueño deslumbrante
se desploma ante el triste navegante
que siente el corazón hecho pedazos.

Mas, al mirar el cielo, lanza un grito,
porque ha visto surgir del infinito
la Cruz del Sur tendiéndole los brazos.

La virgen violada

DESDE el fondo de un cielo de zafiro
el águila caudal con penetrante
mirada ha distinguido en la distante
montaña á la doncella del Epiro.

Ella, también, con emoción radiante,
del ave advierte el descendente giro,
y atada á aquel peñón, como un suspiro
tiembla su heroíca desnudez fragante.

De pronto, con frenético aletazo
que ensombrece la lumbre vespertina,
el ave se desploma en raudo trazo,

y ante la noche inmensa y desolada
queda — sobre la carne femenina
que tiembla de placer — crucificada.

Los mercenarios

AL través de las grises carreteras
van trazando las hordas mercenarias
una S feral con tumultuarias
selvas de lanzas y ásperas cimeras.

Bajo los cascos las miradas fieras,
cual un festín de llamas incendiarias,
sueñan con las conquistas sanguinarias
que saciarán sus iras vocingleras.

Súbitamente, al declinar del día,
un frenesí sacude los millares
de pechos, que rebraman de alegría,

que al través de una cinta de palmares
ha surgido Cartago en la bravía
hecatombe de púrpuras solares.

Danza macabra

Á la luz de la luna el cementerio
erguía su blancura recortada
como una muela lívida, cariada
por larga podredumbre, en el misterio.

Y de pronto, al tañer en su salterio
los cipreses la nota desolada,
se alzó sobre las tumbas la mesnada
de fantasmas, lanzando un improperio.

Luego, en medio de loca baraúnda
la danza se formó, con agrios sones
de tíbias y costíllas. La profunda

noche escuchó refranes incompletos...
y, borrachos de luna, en sus rincones,
sollozaban algunos esqueletos.

Bacanal griega

EN aulladora ronda de locura
van al través de los estívos prados
blancas mujeres, sátiros dorados
ardiendo en llamas de alegría impura,

y llevan al través de la espesura
un miraje de besos encarnados
que surgen entre rosas, subrayados
por cabelleras de triunfal negrura.

El obeso Sileno que los guía
mira arder en sus cuerpos la alegría
de las teas, con rápidos efluvios;

en tanto que guardando su decoro
ciñen su frente los racimos rubios
como zequís de una corona de oro.

Bacanal indú

CON elásticos saltos las panteras
van al través de baobabs gigantes
persiguiendo á las pálidas Bacantes
que huyen en un tropel de cabelleras.

Alcánzanlas, por fín. Las rudas fieras
ruedan sobre las carnes palpitantes,
que sienten en sus flancos humeantes
una resurrección de primaveras.

Y mientras en frenéticos excesos
se encorvan las caderas luminosas
y en las bocas de amor crepitan besos

como rojas é intensas llamaradas,
bajo las uñas, de placer crispadas,
surge en los senos un verjel de rosas.

La crucifixión de los leones

DORMÍAN los pesados arenales
bajo la grave claridad nocturna
y el silencio caía de la urna
del cielo en grandes bloques eternales.

Como una virgen triste á quien fatales
insomnios dieron palidez diuturna,
se levanta la luna taciturna
en vagas lejanías espectrales.

Y á su luz sepulcral los desolados
campos se animan presos del delirio,
porque se ven surgir ensangrentados,

en dos hileras que sembró el martirio,
rugientes de dolor, crucificados,
los rojos leones del desierto Sirio.

Santa Sofía

ARDE la iglesia, del altar al coro,
con la luz de sus grandes lampadarios,
mientras vuelan los ígneos incensarios
entre perfumes y chispazos de oro.

Mezclando de sus vestes el tesoro
vivo y multicolor, protospatarios,
logotetas, eunucos y drongarios,
oyen cantar el órgano sonoro.

Y de pronto, al alzarse el fulgurante
cáliz en manos del obispo griego,
vibra un grito de cólera pujante.

Saltan las puertas con clamor profundo,
y entre las hachas que destilan fuego,
entra á caballo Mahomet II.

Desdén feral

BAJO la intensa claridad beata
del plenilunio, el río su carrera
disimula en *zig-zags* por la pradera
como una inmensa víbora de plata.

De pronto, un cocodrilo se delata
entre el juncal que borda la ribera,
arrojando su queja plañidera
para atraer su víctima insensata.

Y así pasan las horas con premura
silenciosa. No turba la dulzura
de la noche, la sombra de un recelo.

Cansado el cocodrilo se endereza
soberbiamente desdeñoso, al cielo
vuelve los ojos turbios y bosteza.

El origen de las flores

SONÓ sobre la tierra flagelada,
como un canto de gloria inmarcesible,
la hora del perdón, y en bonancible
desborde la corriente fatigada,

empezó la sonora retirada.
Y, bruscamente, en la atmósfera intangible
puso Jehová el signo bien visible
de la paz con el hombre celebrada.

Sobre nubes de tonos cenicientos
el arco iris sus mágicos colores
abrió en un abanico de esplendores.

Y cuando el latigazo de los vientos
le quebrantó, esparciendo sus fragmentos,
toda la tierra se cubrió de flores.

Los elefantes

BAJO los astros pasa la errabunda
manada de elefantes. La desierta
llanura de improviso se despierta
con una grave expectación profunda.

Y la horda silenciosa el prado inunda
en ondas fantasmales que, á la incierta
luz del cielo, remeda una encubierta
cordillera que marcha, — vagabunda.

Así, con tardo paso, gravemente,
llegan del horizonte á los umbrales,
donde crecen sus sombras de repente.

Y la luna que surge en espectrales
jardínes de un horror incoherente,
hace danzar sus sombras colosales.

El sacrificio

ANDANDO, como sombras de suicidas,
llegaron silenciosos al circuito
donde se cumple el tenebroso rito,
los sacerdotes y guerreros druidas.

Luego, un himno vibró en las escondidas
entrañas de la mole de granito,
en tanto que subía al infinito
la sangre de las zarzas encendidas.

Acercaron un niño que temblaba
como una flor. Un sacerdote austero
con manjares los dioses ofrendaba.

Y al bajar, como un trazo de centella,
sobre el niño la lámina de acero,
allá en lo alto se apagó una estrella.

Guzla de placer

ANTE el Señor, que fuma somnoliento
sentado en la floral tapicería,
la bayadera danza una alegría
de líneas recortadas sobre el viento.

Y sus gestos denotan la harmonía
curvilínea de erótico ardimiento
cuando en un milagroso rendimiento
brinda su sexo como una peonía.

Es guzla de placer. Su cuerpo hermoso
distrae el tedío del soberbio esposo,
del harem en las blancas soledades.

Y cuando se derrumba en el marasmo
de la muerte, dijérase un espasmo
extravíado entre dos eternidades.

La caravana

UN cielo azul de Prusia, intenso, vivo
y metálicamente centellante
cubre la nívea sábana quemante
del desierto africano. Y un esquivo

sol enfermo desciende en ese instante
del horizonte hasta el perfil cursivo,
mientras la voz de timbre imperativo
del simoun agoniza en el levante.

La larga caravana de grotesca
línea de gibas y albornoces ruines
pone en la arena una visión chinesca,

y lentamente marcha á los confines
donde en una inversión funambulesca
cuelgan del cielo artísticos jardines.

La vejez del Sátiro

TODAS las tardes, con tardío paso,
al través de la senda de camelias,
iba, herido por hondas contumelias,
el Sátiro, caduco en su fracaso.

Y veía pasar sobre el Ocaso
las Ninfas, como pálidas Ofelias,
salpicadas de raras astromelias
las cabelleras de nocturno raso.

Veíalas pasar. Indiferente
á sus juegos de timbres estivales,
volvía la cabeza; y reverente

iba, al fin, con sus pasos silenciarios,
á rezar en las viejas catedrales
la grave sucesión de sus rosarios.

Petronio

CUANDO el sangriento Emperador que antaño
buscaba en él al árbitro elegante
á Tigelino, riendo, habló un instante,
Petronio, silencioso, fuése al baño.

Allí de blancas flautas al engaño
y envuelto en un perfume agonizante,
buscó los besos de la fría amante
de ojos profundos y mirar huraño.

Llovían rosas sobre el nimbo de oro
del crepúsculo azul de la agonía,
cuando en los labios su imperial tesoro

puso de pronto pérfida ironía;
y en viéndola Nerón sintió una fría
daga de oro clavarse en su decoro.

La muerte de las Amazonas

BRUSCAMENTE, un tropel enloquecido
surge en el horizonte. La pradera
se estremece en las ansias de la espera.
Hay en el viento un colosal latido.

Llegan las Amazonas. Confundido
con ellas en la lóbrega carrera,
Hércules lidia con la turba entera
bajo el trágico horror de un alarido.

Toda la tarde el gigantesco vuelo
de la maza obscurece el alto cielo;
y cuando llegan las sombrías olas

de la noche espectral, los blancos astros
ven con horror, en luminosos rastros,
un jardín de tronchadas amapolas.

Amina

Es una estatua hermosa que camina
en la niebla sutil de un desvarío.
Su pecho escultural, de mármol frío,
no sabe del Amor. Se llama Amina.

En vano la persigue con supina
idolatría su consorte. El brío
de su amor se desploma ante el sombrío
desdén de aquella carne femenina.

Y, sin embargo, esa mujer de labios
insensibles, y dientes luminosos,
siente rugir refinamientos sabios

en su alma, y por la noche con inciertos
pasos, busca en rincones pavorosos
los ósculos helados de los muertos.

Pan

COMO abierto al través de una esmeralda
el bosque, de fantásticos labrados,
surge envuelto en reflejos azulados
é irisaciones de muriente gualda.

Contra una encina secular la espalda
apoyada, el Dios Pan toca soñados
aires en su siringa. Los dorados
rayos solares bailan en su falda.

Cuando llegan, en ronda sigilosa,
las Ninfas á escucharle, el Dios con leda
malicia apaga el ritmo, como un lloro.

Y de pronto, en la tarde misteriosa,
vibra su carcajada, que remeda
una crepitación de chispas de oro.

La creación de los desfiladeros

ERA en los tiempos rudos y salvajes
en que el hombre y los dioses combatían
en duelos formidables que tenían
del mar los iracundos oleajes.

Empañaban del cielo los celajes
las columnas de polvo que subían
bajo el pie de los cíclopes que ardían
como fraguas de férvidos corajes.

Alguna vez un golpe se extraviaba
en el furioso ardor del entrevero
y en la rocosa Tierra se incrustaba.

Y al retirar el cíclope altanero
su espada del peñón, allí quedaba
la senda de un atroz desfiladero.

La Pitonisa

EN las urnas de viejo bronce ardía
el sangriento rubí del sahumerio,
y á la augur, como en nieblas de misterio,
el humo con sus gasas envolvía.

De los ojos profundos descendía
la doble llama de su adusto imperio,
en tanto que surcaba un improperio
la soledad de su sonrisa fría.

¡Cuántos odios, ensueños y temores
á sus pies se arrastraron con la inerte
cobardía de pálidos terrores!

¡Y cuántas veces al leer su suerte
en los ojos profundos de la Muerte,
temblaron como niños los señores!

El sol negro

HA millones de siglos irradiaba
sus rayos como un záfiro gigante
en un rincón del cielo, y su tremante
vuelo el espacio inmenso devoraba.

Hoy su existencia entre la sombra acaba
sin brillo, sin calor, agonizante,
y tal que un desolado mendicante
pasa, y su huella en el confín no graba.

Así, ciego, espantoso, los profundos
abismos va horadando en raudo vuelo,
animado por odios iracundos;

y los astros que brillan dulcemente
palidecen, pensando que en el cielo
corre sin luz aquel gran sol demente.

El terremoto

UN sordo trueno aró la Tierra ermética;
y rotas del abismo las entrañas,
se hundieron de improviso las montañas
con una horrible convulsión frenética.

Segadas las Ciudades por guadañas
colosales, cayeron con patética
mueca de horror; mientras la fuerza atlética
con vaivenes marcaba sus hazañas.

Entonces, en la noche agonizante,
los astros con un rápido aleteo:
«¿Qué pasa?» —preguntaron. Y anhelante

un cometa de fúlgidas melenas
les contestó al pasar: «Es Prometeo
que sacude iracundo sus cadenas.»

Medioevo

LAS nubes, cual dragones espantosos,
han tragado á la luna. La callada
soledad se ha inquietado en la intrincada
selva de laberintos espinosos.

Ha un instante, en la sombra, una manada
de catoblepas puso sigilosos
rumores. Y el torrente en escabrosos
saltos de miedo huyó á la desbandada.

Y los gnomos hirsutos escondidos
en el hueco de encinas seculares,
vieron surgir, de pronto, un caballero

en la sombra,—flotantes los vestidos
del corcel, y arrojando singulares
resplandores su túnica de acero.

Camafeo

MADAMA Pompadour ha descendido
su elegancia de fina tuberosa
al Parque, en esa hora calurosa
en que se aduerme el más pequeño ruído.

Los cisnes del estanque han acudido
con afectada languidez curiosa,
creyendo que una blanca mariposa
con las espinas de un rosal se ha herido.

Un libro de Voltaire (amable huésped
que brinda á la marquesa su ironía),
al sentarse, resbala por su falda;

y al caer, se desliza sobre el césped
un reptil que á la luz del mediodía
reproduce una joya de esmeralda.

Austerlitz

CRECE la aurora, lívida. Y estalla
la formidable voz de los cañones.
Pasa un vuelo sangriento de pendones.
Comienza sobre Pratzen la batalla.

Debajo de una lluvia de metralla
corren los fulgurantes escuadrones,
y un delirio de rojos batallones
se les opone, como enhiesta valla.

Allá, por los sonámbulos confines
ladran furiosamente los clarines
en medio del combate estrepitoso,

y de pronto, en el oro incandescente
del sol que se levanta silencioso,
surge el Emperador, omnipotente.

Scutari

DORMIDA al pie de cenicientas lomas,
Scutarí proyecta sobre el río
de sus mármoles blancos un cabrío
escintilar de diminutas comas.

De cercanos jardines los aromas
se arrojan en el Bósforo. Y el frío
de las cúpulas finge, en el sombrío
boscaje, una bandada de palomas.

Una barca resbala por la quieta
superficie del agua. Bruscamente
se detiene, y oscila taciturna.

Y mientras se desploma una silueta
en el río, la barca lentamente
vuelve á bogar en la quietud nocturna.

La orgía de los colores

EBRIOS de fuego chillan los tendidos
en la Plaza de Toros. Los colores
que refulgen en prismas, aves, flores,
mujeres, mariposas y vestidos,

se agitan y entrechocan, confundidos
en formidable bacanal de ardores,
cual si todos aquellos esplendores
bebiendo sol perdieran los sentidos.

Los más ebrios descienden á la arena
(el amarillo y el carmín violento)
en medio de un clamor que el circo llena.

Y al chocarse los dos, surge esta Iliada:
sobre una flor que es un rubí sangriento
vuela una avispa de oro, hipnotizada.

Las cóleras del mar

LA inmensa faz del mar está desierta.
Allá, en el horizonte, una espantosa
nube plomiza trepa presurosa
al cielo, lleno de una luz incierta.

De improviso, bramando se despierta
el viento; y una racha con filosa
daga hiere la mar, que, rencorosa,
se alza á su vez con la garganta abierta.

En seguida, en las vastas soledades,
resuena un gran galope de leones
que van hasta el confín enfurecidos.

Y del rayo á las verdes claridades,
vénse melenas rotas en girones
entre un clamor inmenso de ladridos.

La muerte de Babylonia

I

La Ciudad

ENCLAVADA en el fondo del desierto,
bajo el eterno azul de un cielo ardiente,
se yergue la Ciudad, resplandeciente
con la blancura de un palacio muerto.

Entre las verdes palmas, un concierto
de terrazas se nieva, y la demente
sucesión de jardines labra un puente
sobre el gran río de cinabrio, yerto.

De noche, cuando vaga por las lomas
la pálida Selene como üna
sonámbula en las sombras extraviada,

se alzan de los jardines los aromas
y vuelan en noctámbula bandada
hacia el disco plateado de la luna.

II

El Éufrates

CON una larga cinta voluptuosa,
que finge un cinturón de vieja plata,
el río envuelve la altivez innata
de la ciudad soberbia y prodigiosa.

Va sereno, al través de la suntuosa
floración de palacios que retrata,
murmurando despacio una sonata
de tres notas en pauta sigilosa.

Alguna vez, arrojan los reflejos
de las torres labradas, un cabrío
centelleo en las aguas cristalinas;

y entonces, en los líquidos espejos,
parece que colgaran sobre el río
primorosas guirnaldas de glicinas.

III

Las murallas

FRENTE al desierto, como bloque errático
opuesto á las sangrientas invasiones,
levanta la muralla sus legiones
bajo el compás de un linde matemático.

Los vientos nubios llegan en cromático
vaivén hasta sus trágicos jalones,
para robar á la ciudad girones
de sus jardines, de un ardor selvático.

A veces, en la noche, cual sirenas,
los astros palidecen de repente
en medio del azul hondo y tranquilo,

porque ven la manada de las hienas
llegarse á la muralla omnipotente
y arañarla, en la sombra, con sigilo.

IV

El templo de Belo

ES una sala inmensa. En atrevidos
vuelos se alzan las piedras hasta el coro.
Arde el sagrario, recamado de oro,
con prodigiosos monstruos esculpidos.

En la penumbra duermen escondidos
los grandes Dioses de metal sonoro,
mientras las teas sangran en un lloro
de llamas en los mármoles floridos.

Cuando en la tarde el áureo Sol declina
marcando con la lumbre de su rastro
el inmenso desierto de la Nubia,

su postrimer reflejo al templo inclina,
y posa, en las paredes de alabastro,
el suave tic de una caricia rubia.

V

El mercado

LA calle, por los toldos sombreada,
crepita en un diluvio de colores:
pasan, con sus esclavos, los señores
en una visión de oro purpurada.

Los camellos se incrustan soñadores
en un mar de tapices. La apiñada
multitud se revuelve, salpicada
de gritos, armas, pedrerías, flores.

En un rincón primaveral, de sedas
sanguinolentas, viejos paulatinos
venden mujeres blancas muy hermosas,

y ellas, tendidas, somnolientas, quedas,
se entregan al azar de sus destinos
como un puñado de extenuadas rosas.

VI

Los sacerdotes

CRUZAN los sacerdotes sobre el frío
mármol del templo en ronda sigilosa,
poniendo en la penumbra de la losa
de fantasmas un pálido extravío.

Llegan así, con un andar sombrío,
al estanque de linfa azul-verdosa,
donde disuelve en ronda perezosa
el cocodrilo su mortal hastío.

Allí, con varas de metal le irritan,
burlándole con piedras y con larvas;
y cuando el grande aligator sus dientes

les muestra enfurecido, ellos le imitan,
mientras la risa en nieves sorprendentes
constela la negrura de sus barbas.

VII

El rito de la Diosa

VAN cantando hacia el templo de Milita,
bajo el toldo floral de las palmeras,
las vírgenes de negras cabelleras,
labios de sangre y ojos de pirita.

Y el alegre tropel se precipita
al través de las rústicas praderas,
suscitando un albor de primaveras
que con perfumes de azahar crepita.

Y así llegan en rondas flageladas
las vírgenes al templo de la Diosa
para ser por extraños desfloradas,

mientras, siguiendo su ritual, ministros
del templo azul con gravedad premiosa
hacen sonar las flautas y los sistros.

VIII

Las cortesanas

DEL mármol en las albas graderías
posaban como gatas perezosas,
sus vagas languideces voluptuosas
las mujeres desnudas. Con sombrías

complicidades, camas olorosas
ostentaban amables sederías
tras las cuales se abrían como rosas
los senos, en un haz de pedrerías.

Ardían perfumados incensarios
en las sombras inquietas. Los salterios
modulaban sus ritmos silenciarios.

Y como en desmayados cautiverios,
cruzaban entre nieblas de misterios
los espasmos, cual tardos dromedarios.

IX

La guerra

Los íbis que dormían blandamente
en lo alto de las torres olvidadas,
despiertan azorados. Sus miradas
ven un rojo fulgor sobre el Oriente.

Luego, miran crecer furiosamente
sobre el blanco horizonte, las oleadas
de un ejército en marcha. Las pisadas
de los hombres se acercan sordamente.

Ha un instante sonaron las trompetas
de plata, en la ciudad: sobre su muro
surgieron faces trágicas é inquietas;

y los íbis escuchan, con espanto,
subir del fondo de un palacio obscuro,
como una sierpe el femenino llanto.

X

La guerra

TODA la tarde una visión sangrienta
desfiló bajo el Sol. Torvos guerreros
hicieron retemblar con sus certeros
golpes la tierra en esa lid cruenta.

Pasaron, con su marcha macilenta,
los grandes elefantes; y altaneros,
desde lo alto, cribaron los honderos
á la grey con pedrea turbulenta.

Cuando, por fin, las huestes invasoras,
concluyeron su atroz carnicería,
hubo un clamor inmenso de alegría;

y de la tarde las postreras horas
vieron que á los vencidos perseguía
un enjambre de flechas voladoras.

XI

Los cuervos

CON el último grito de agonía
extraviado en la lúgubre pradera,
se disuelve del día la postrera
claridad en la opaca lejanía.

Y entonces la tiniebla con su fría
lentitud va bajando, cual si fuera
el crespón funerario con que el día
enlutara la trágica quimera.

La noche se ha espesado, sollozando.
De pronto, en el silencio, cruza un vuelo
espantable de sombras que, graznando,

se arroja hacia el montón de carne inerte.
Y un instante después hierve en el suelo
la legión de ladrones de la Muerte.

XII

La orgía

LAS murallas su pecho de granito
han opuesto á las turbas invasoras,
rechazando sus furias destructoras
con implacable frialdad. Y un grito

de cólera impotente al infinito
ha subido después, mientras sonoras
retemblaban las puertas defensoras
bajo el hacha de músculo inaudito.

Y la Ciudad, ardiendo en llamaradas
purpúreas de frenética alegría,
entona las canciones consagradas,

mientras en los palacios, con bravía
florescencia de carnes perfumadas,
se encienden las antorchas de la orgía.

XIII

La orgía

SOBRE blandos cojines de oro y seda
palpitan las mujeres como rosas,
mientras los besos fingen mariposas
que las persiguen con fulgente rueda.

Las antorchas de sándalo premiosas
sanguinolencias en la sombra leda
ponen; y tiemblan con caricia queda
los pebeteros de almas olorosas.

Las ánforas de vino que circulan
encienden amapolas en las frentes.
Agonizan las harpas y pululan

pequeñas notas con trivial caricia.
Entonces las cantáridas fulgentes
tienden un vuelo de mortal delicia.

XIV

La orgía

EN medio de las ondas paulatinas
del perfume encendido en los rincones
pasan las somnolientas bailarinas
como vagas y elásticas visiones.

Baten el aire báquicas canciones
mientras vuelcan las ánforas myrrinas
sobre la palidez de los histriones
sus líquidas guirnaldas purpurinas.

Una mujer solloza castigada
por un ebrio, que ríe imbécilmente;
otra arranca las rosas de su frente

con un gesto de hastío; y la aterrada
esclava que será crucificada,
cruza en las garras de un tropel rugiente.

XV

Ciro

EL Sueño con sus manos sigilosas
ha tocado las frentes fatigadas,
y en sus lechos de mármol las Amadas
sienten morir sus carnes voluptuosas.

Las antorchas de entrañas olorosas
lanzan sus lívideces extenuadas.
Agonizan las harpas. Por las gradas
del trono se marchitan albas rosas.

Bruscamente, las puertas colosales
saltan, y entran blandones espectrales;
mientras estalla un gran clamor de riña.

Y en las losas sonoras de porfiro
se adelanta en silencio el torvo Ciro
como un ave gigante de rapiña.

XVI

El saqueo

Y Ciro estaba en el umbral, ceñudo
como un Dios irritado; y contemplaba
el cuadro del placer, que agonizaba
en un espasmo de sopor agudo.

Tuvo entonces un gesto, grave, mudo;
y la horda enfurecida, que esperaba
su gesto, del temor rota la traba,
entró al festín en un avance rudo.

Hubo un loco rodar de lampadarios,
mesas volcadas, ánforas caídas,
anatemas, gemidos silenciarios,

luchas, terrores, un clamor inerte,
y, sobre las mujeres adormidas,
el beso acarminado de la Muerte.

XVII

La Muerte

LUEGO... el Silencio. La Ciudad que ardía
al sol como un milagro fabuloso,
ahora yace en la arena, en un reposo
solemne. Se cumplió la profecía.

Entretanto, los siglos con su fría
mano de mármol, la Ciudad coloso
entierran lentamente. Silencioso
el desierto sus límites amplía.

Hoy la Muerte implacable ha sepultado
la altiva Babylonia. El derrotero
está perdido entre la blanca arena.

Y, bajo un sol de fiebre, arrebolado,
cruza el desierto, á veces, un viajero
que va, cantando, hacia la tierra helena.

Mujeres bíblicas

Dalila

RECLINADA en su lecho; la pupila
mojada por felinos resplandores;
enervando al amante con las flores
de su carne triunfal, está Dalila.

Una sonrisa blanca escrutadores
lazos en torno de Samsón perfila,
y sorprende el secreto que sigila
el gigante con pálidos terrores.

Y entonces, con un beso purpurino,
trae el sueño á los ojos del amante
en un vago desmayo libertino;

mientras allá, en el cielo, un astro errante
raya la inmensidad por un instante,
como una burla á un labio femenino.

Abisag Sunamita

CUANDO blanca corona de jazmines
puso la edad en torno de sus sienes,
el viejo rey David las hipocrenes
diosas llamó á sus pálidos jardines.

Y enviáronle una virgen en rehenes
de Israel, cuyos vívidos carmines
despertaron en su alma los maitines
y en sus ojeras dos paraselenes.

Entonces, cuando el harpa entre la sombra
apagaba sus bellos litargirios,
llegábase Abisag sobre la alfombra:

una mano de lirio al rey tocaba
y de improviso el harpa desbordaba
en raudales de notas que eran lirios.

Thamar

NAUFRAGABAN los tonos amarillos
del cortinado en la sombría estancia;
y un perfume de nardos su fragancia
diluía en el carbón de los hornillos.

Denuncióse Thamar por los sencillos
pasos, que agobian la menor distancia,
y al entrar, en las sombras, una instancia
puso el gesto veloz de sus anillos.

Como una fiera, su lascivo hermano
súbitamente revolvióse al verla;
y al desgarrar con atrevida mano

de la virgen la túnica florida,
rodó sobre ella una caliente perla
del cintillo ó los ojos desprendida.

La reina Vasthí

TRENZADA la tiniebla aplastadora
de su gran cabellera; los impares
carbunclos de sus fúlgidos collares
desmayando en su piel perturbadora;

los ojos (empapados de invasora
somnolencia) muriendo de pesares,
y las manos formadas de azahares
encendidos con besos de la aurora,

la reina Vasthi se alza en su altanero
desacato á su esposo el rey Assuero,
prefiriendo volver á su Ethiopía

sola, á pie, miserable, abandonada,
á dejar que la pública mirada
profane de su cuerpo la alegría.

Ruth

SOBRE los campos tempestados de oro
por las mieses vibrantes, su cuadriga
arroja el Sol con imperial decoro,
para vestirlos de una luz amiga.

Desechando la pálida fatiga,
la hermosa Ruth camina tras el coro
de buenos segadores que el tesoro
le abandonan, á veces, de una espiga.

Y así va la moabita silenciosa,
al través de los campos de labranza,
sin sospechar que por divinas leyes,

el sencillo Booz como su esposa
un día la amará, y de su alianza
surgirán de Israel los grandes reyes.

La mujer de Loth

LA noche se ha espesado, resonante
como un órgano grave de abadía,
y en una floración de pedrería,
se ve su combo escintilar distante.

Con su familia pasa un caminante
huyendo de Sodoma. En la sombría
carretera palpita una agonía.
Atrás se escucha un gran clamor errante.

Mordida por los perros tenebrosos
de la curiosidad, de Loth se para
la mujer, y en estatua se convierte:

que con espanto ha visto los furiosos
ojos de Jehová en una cara
que ríe con la risa de la Muerte.

Athalía

EN la sombría cámara exaedra
Athalía se yergue, disecada
por sus noventa años; la mirada
fija, en su rostro de mudez de piedra.

Semejante á la hiena á quien no arredra
la pira de cadáveres colmada,
sobre tumbas trepó, como la yedra,
para ver su cabeza coronada.

Ahora impera en Judá. Los hierofantes,
que saben los secretos del destino,
la ven — en los terrores parpadeantes

del augusto silencio vespertino —
erguir su ruda y formidable traza
sobre el rojo degüello de su raza.

Tríptico

Nerón

I

EL Circo es un ardiente pebetero
de púrpuras violentas. Los dorados
rayos del Sol se elevan inflamados
del rojizo tizón del matadero.

En la arena cruel, arrodillados,
los cristianos esperan el postrero
instante, sin que turben su severo
silencio los insultos destemplados.

Cuando al fin la poterna de las fieras
se abre y entran bramando los leones,
un clamor llena el Circo, y las primeras

gotas de sangre saltan encendidas
como rojas verbenas desprendidas
del incendio de aquellos corazones.

II

LUEGO, es una vorágine dantesca
de carnes destrozadas y rugidos:
cruza, en medio de lóbregos gemidos,
un vuelo de melenas gigantescas.

Crujen huesos; hay funambulescas
danzas rojas de miembros esparcidos;
carnes informes lanzan alaridos,
mientras vibran los ojos como yescas.

Y Nerón, que contempla sonriente
aquel cuadro de rotas pasionarias,
experimenta una emoción creciente,

porque al mirar con un afán perverso
los saltos de las fieras sanguinarias,
siente á la inspiración dictarle un verso.

III

SOBRE la losa sepulcral, cansada
se ha tendido la luna. Su divina
claridad baña el nombre de Agrippina
con sedosa caricia fatigada.

De pronto, la honda calma es perturbada
por la sombra de un hombre que se inclina
sobre la tosca piedra y asesina
la tiniebla con rápida mirada.

Entonces retrocede, vacilante,
á ocultarse en la sombra delirante
que como un manto á la arboleda viste;

y en el silencio que se tiende ledo
sobre la tierra, de Nerón persiste
un gran sollozo de insalvable miedo.

Tríptico

La Visión del Gólgotha

I

UN día, allá en Judá, un pueblo entero,
en un vértigo inmenso de locura,
clavó una cruz en la montaña obscura,
y en medio de la cruz á un Justiciero.

Tembló el orbe. Y el sol en un postrero
resplandor, proyectó por la llanura
la sombra de una cruz, cuya figura
parecía abrazar al mundo entero.

Luego vino la noche lentamente.
Callaron los rumores. El ambiente
se estremeció con un horror incierto.

Y los astros oyeron con espanto
surgir de pronto el formidable llanto
de los grandes leones del desierto.

II

Y venían, llorando, los leones,
desde el fondo sombrío del desierto
á postrarse á las plantas de aquel muerto
manchado con blasfemias y baldones.

Llegaban de la cruz á los jalones
rocosos, con un grave desconcierto,
y miraban, temblando, el rostro yerto,
vestido por la luz de los perdones.

Y las fieras crispando la melena,
sentían en el pecho una serena
dulzura que á morir les impelía;

y mientras sollozaban de alegría,
en medio de la noche parecía
el cuerpo de Jesús una azucena.

III

LA horda de leones, silenciosa
al desierto se vuelve. En su pupila
fulgura la visión suave y tranquila
de una blanca azucena luminosa.

Mientras se aleja, síguela amistosa
la dulce claridad que allá rutila,
y es como un astro de oro que vigila
la bienaventuranza fabulosa.

Entretanto, los hombres descreídos
que clavaron la cruz en la montaña,
y en medio de la cruz á un justiciero,

ven con horror, doquiera que transidos
sientan el pie, la sombra del madero
proyectarse en la tierra, — ¡ siempre extraña !

II

El Ciclo de oro

Las Horas

La tuberculosa

LA ví sólo una vez. Triste y doliente
cruzaba con sus pasos silenciosos
debajo de los pinos harmoniosos
rayados por la luz del sol poniente.

Ardía su mirada febriciente
en medio de los ojos cavernosos,
que tenían en torno prodigiosos
lirios azules de un fulgor muriente.

Iba absorta mirando las prolijas
uñas violáceas de su leve mano, —
de su mano, agobiada de sortijas; —

y al extraviarse en lejanías quietas
quedó como un aroma de violetas
flotando en el crepúsculo cercano.

Beethoven

(Op. 53, sonata 21)

LENTAMENTE morían sobre el piano
como exangües, tus dedos florecidos;
los acordes, enfermos, sus gemidos
lanzaban á un invierno asaz temprano.

Me volvías la espalda. Con tu mano
sugeriste los rápidos latidos
de unos astros pequeños escondidos
en un rincón del cielo muy lejano.

Temblando me acerqué. Las dulces notas
continuaban lloviendo su esmeralda
en una floración de estrellas rotas.

Quise decirte la pasión que llena
mi alma, y la voz se quebrantó con pena.
Tú tocabas volviéndome la espalda.

La traición

EN una reverencia de pavana
la onda se abate en la sonriente orilla
arrojando á tus pies la maravilla
de un ramo de esmeralda y obsidiana.

Recogiendo tu falda con mundana
gracia, avanzaste sobre la arenilla
bajo el carmín de tu floral sombrilla,
á recoger la ofrenda cortesana.

Y la onda traicionera, con premura
retrocediendo, en juegos singulares,
vió acercarse tu espléndida blancura.

Tomó impulso, y en súbito atropello,
desatando sus fúlgidos collares,
al salpicarte, los ciñó á tu cuello.

Dicha secreta

TE hablaba de mí amor, y la caricia
de mi acento, cual leve mariposa,
en torno de tus sienes, presurosa,
tejía una corona. Con delicia

sobrehumana cogí la real primicia
que me otorgó tu mano silenciosa
en medio de la corte rumorosa
que celebraba tu imperial malicia.

Y fué que cuando todos festejaron
tu gracia al ordenarme como á un chico
que recogiera tu abanico, hallaron

mis labios (tras las blondas y las sedas
que adornaban tu espléndido abanico)
tus manos blancas á mis besos quedas.

Besamanos medioeval

ENNOBLECE tu parque austera acacía
á la vera de un mármol de Corinto,
aumentando su sombra el laberinto
de la noche sombría. Con su gracia

ingenua entre los árboles se espacia
el pabellón, como un nevado plinto,
y hay en torno la suave aristocracia
de un perfume expirante de jacinto.

Una Ninfa de mármol en la bruna
sombra ríe con risas picarescas,
porque ha visto llegar por la oportuna

trabazón de las ramas pedantescas,
como un blanco lebrel, la tíbia luna
á lamerte las manos príncipescas.

Aquiescencia

SE desangraba altivo el Occidente
como herido león; el aura quieta
albergaba tu lánguida silueta.
Y un perfume ducal tocó mi frente.

Con mano temblorosa, lentamente
busqué tu mano: una presión secreta
te dijo mis ensueños de poeta
y cuánto anhelo tu mirar clemente.

Volviste á mi tu rostro luminoso
y en tu rostro encontré las maravillas
de tus labios. Un gesto silencioso

hizo caer mi alma de rodillas,
y al través de la tarde solitaria
resbaló como un ave mi plegaria.

Chopín

ERA una noche suave de verano.
Las estrellas temblaban en el cielo
como niñas enfermas. En un velo
de luz blanca dormía el mundo anciano.

Tu mano aprisionada por mi mano
temblaba como un frágil asfodelo,
y tus ojos vestidos por un duelo
hablaban de otro mundo muy lejano.

De pronto, en el silencio una harmonía
se diluyó como caricia inerte
que denuncia una pálida agonía.

Y mientras tu pupila hipnotizada
absorbía el fulgor de mi mirada,
los dos pensamos en la misma muerte.

Verlaine

Mi cándida inquietud de adolescente
le halló en París en un café brumoso,
donde ardían las pipas y un premioso
afán de paradojas sorprendente.

Tenía un amplio surco en su ancha frente
y en sus ojos un rayo tenebroso;
en sus manos había un delictuoso
crispamiento de cólera rugiente.

Aquel hombre de rostro demacrado,
que en su torno las turbas congregaba
como un rapsoda de un país soñado,

sus sueños lentamente asesinaba;
y en un rincón del cabaret sentado
sobre su crimen con piedad lloraba.

Sobre el lago

UNA noche de plata. La callada
soledad está llena de fulgores,
y la tierra, ante aquellos resplandores,
ha quedado, de pronto, hipnotizada.

Sobre el lago, la barca descuidada
cruza hollando un verjel de blancas flores
que arrojan, desde el cielo, sembradores
de manos trémulas y faz plateada.

Entonces, un capricho que te mueve
á coger los flotantes luminares,
pone en el agua una visión de nieve:

que al herir con tu mano el argentado
cristal, súbitamente han fulgurado
tus dedos con anillos de azahares.

La obrerita

AL pasar por su casa la advertía,
al través del cristal de su ventana,
cosiendo sin cesar, con la cristiana
resignación de una criatura pía.

Hacendosa, modesta, no veía
pasar del mundo la alegría ufana,
y sólo hacia la abuela se volvía
cuando le hablaba con quietud la anciana.

Así los años iban devorando
su existencia. Sus ojos con frecuente
lloro, decían su agonía quieta.

Y la blanca abuelita, murmurando
oraciones, besábala en la frente
con una suave compasión secreta.

Las Cíclades de oro

UN crepúsculo de oro y de violeta
llueve en la inmensidad. Las negras olas
van corriendo al confín, gigantes, solas,
con una vaga oscilación inquieta.

Y la proa triunfal de mi goleta
abre en las aguas mágicas corolas
que se inflaman en rojas amapolas
bajo la luz de una agonía quieta.

Llena la tarde el canto soberano
de las ondas profundas. Hay un triste
desconsuelo en el círculo lejano

del horizonte. Y con hirsuto empeño,
sobre la gran desolación persiste
el nimbo parpadeante de mi ensueño.

La amante se desnuda

CUANDO tus leves manos destrenzaron
tu rubia cabellera perfumada,
toda la habitación quedó inundada
de sol, y hasta las sombras centellaron.

Las cintas de tu bata complicada
en caprichos florales se enredaron
y tus rápidos gestos suscitaron
un motín en la ropa denudada.

Hubo un gemir de broches, repetido,
y una estrangulación de blondas, queda;
á tus pies el surah rindióse, herido;

y cuando en tu corsé sus primorosos
copos de espuma entreabrió la seda,
emergieron dos cisnes silenciosos.

Estampa de Paul Berthon

AL bajar sigilosa al Occidente
la luna se ha enganchado entre las ramas
de un árbol gigantesco. Allí, pendiente,
oscila en fabulosos pentagramas.

Dejando entre la sombra febriciente
un reguero de vívidas escamas,
entre festones de tupidas gramas
desliza el arroyuelo su corriente.

Cruza, entonces, en medio del reposo
nocturno, una romanza sin palabras
que se asila, temblando, en la arboleda;

y en un claro del bosque misterioso,
Pan, con su flauta, hace danzar las cabras
bajo un fulgor de desmayada seda.

Las luciérnagas

SIMULARON festivas mariposas,
volando entre jazmines y claveles,
rubios y aristocráticos donceles
bailando una pavana á las hermosas.

Con sus trajes de gro, sensuales rosas
acogieron tributos como mieles
y fueron esa tarde más infieles
que todas las trianónicas esposas.

Tendió luego la noche su caricia.
Y como en el jardín de Pampinea
se encendían antorchas que propicia

lumbre prestaban al amor,—su tea
prendieron las luciérnagas errantes
para acechar los besos inconstantes.

La caída de la tarde

EN la bruma grisácea de la tarde
naufragan las siluetas de las cosas,
y por trechos avanzan sigilosas
sombras con precauciones de cobarde.

Tienen las lejanías un alarde
de claridad sobre la cual brumosas
techumbres se destacan pavorosas
con vagos gestos de ciudad que arde.

Una llama á lo lejos se extravía
denunciando el hogar de un campesino;
la ruda carretera se desvía

en un tono violeta color vino,
y al través de los campos el lamento
de una vaca se aleja sobre el viento,

Paisaje de abanico

HASTA el amplio vestíbulo floreado
con guirnaldas de suave enredadera
desciende, festoneando la cumbrera,
un reflejo de sol arrebolado.

Y el polvillo del suelo levantado
fulgura en el reflejo cual si fuera
una dorada y rápida escalera
de Jacob ascendiendo al cielo aliado.

Sobre un jazmín de portentosas galas
una hermosa libélula se aplica;
gira en torno, en cromáticas escalas;

el rumbo, lentamente, modifica,
y al tender, bajo el sol, sus lindas alas,
vibra en el aire un resplandor de mica.

La tempestad que llega

BRUSCAMENTE, surgió del infinito
arrastrando su manto por la tierra,
la obscura nube que el confín encierra
como una inmensa mole de grafito.

Crece espantosamente. Por la sierra
se tiende con las ansias del delito.
Las sombras se hacen densas. El circuito
tiembla aspirando el hálito de guerra.

Del viento un remolino trepidante
alza las hojas secas, y al instante
una nube de polvo al aire sube.

Caen algunas gotas de soslayo,
y al mismo tiempo un gigantesco rayo
su rúbrica de luz pone en la nube.

La musmé

Es una habitación como la nieve:
un biombo, en un rincón, la primavera
de sus iris entreabre; y una estera
dibuja su minúsculo relieve.

Por la ventana de papel se atreve
la rama en flor de audaz enredadera,
y allá, muy lejos, como azul ojera,
se desarrolla la montaña leve.

Al través de la estancia luminosa
va y viene la musmé, con abandono
disponiendo sus lotos en las urnas;

y el suave movimiento del kimono
reproduce una lenta mariposa
agitando sus alas taciturnas.

Tramonto

CON lenta pesadez de inmensa araña
el Sol hacia el ocaso descendía,
mientras su ardiente resplandor ponía
un trigal en la ríspida montaña.

Y espigaba fantástica guadaña
aquella floración en la agonía
de una tarde sangrienta que tenía
las convulsiones de una bestia huraña.

En tanto el Sol bajaba lentamente
grave, pesado, inmenso—de un brochazo
colosal, extendido con su brazo,

incendiando las glorias del Poniente,
hasta cerrar, por fin, su omnipotente
resplandor con un brusco abanicazo.

El tren que pasa

LOS grises esfuminos diluían
las líneas de los árboles añejos,
al caer de la tarde. Allá, á lo lejos,
los horizontes lívidos ardían.

Como lentos y lúgubres cortejos,
los rebaños del monte descendían,
guiados por tranquilos zagalejos
que cantando su ruta proseguían.

Y de pronto, una antorcha centellante
surgió en lo alto de un cerro desmarrido.
Se acreció, al acercarse trepidante;

pasó entre un vivo, atronador derroche
de chispas; y, ya lejos, su alarido
se clavó en las entrañas de la noche.

Dagas de oro

Duelo galante

VIBRABA la finísima ironía
en tus labios, diciendo las palabras
que cual joyeles primorosos labras
cuando quieres causar una agonía.

Un altivo doncel que descalabras
con el juego trivial de tu poesía,
paraba con su estoque las macabras
sutilezas que el tuyo le infería.

Y cuando tu galán creyó altanero
herir tu corazón (porque la sola
palabra «coquetuela» es un certero

golpe que siempre á la mujer inmola),
con la punta vibrante de tu acero
en su pecho prendiste una amapola.

Irís

CUAL un paisaje de abanico — rara
mancha lunar cortada de primores,
un velarío, un jarrón, un Budha, flores,
y en medío una musmé del Yoshívara.

(Monótona cadencía que soñara
el hada de los viejos surtídores,
dívaga por el aire sus rumores
con un perfume de inocencía clara.)

En una anunciación de primaveras
abre tus ojos Yor; con eficacia
Kyoto aviva la luz de tus ojeras,

y con un gesto de dolor y gracia
caes sobre el estanque sosegado
cual cae un iris por el sol quemado.

Desencanto

De tu vestido el tornasol concreto
fingía luces de muriente ocaso
cuando corría bajo el suave raso
el desarrollo de tu gesto inquieto.

Denunciando tus ansias, con discreto
movimiento que muere en un fracaso,
te volviste febril, creyendo, acaso,
que te iba á declarar mi amor secreto.

Y el desencanto que llenó de enojos
tus labios de sonrisas purpurinas,
puso también en medio de tus ojos

la lumbre de las cóleras divinas,
y al volverlos al cielo, mis antojos
creyeron ver volar dos golondrinas.

Sonrisa florentina

AQUELLA tarde el tramontar tardío
del Sol, nos sorprendió en la paulatina
sombra de tu glorieta de glicina
discutiendo de Otello el albedrío.

Las risas, como gotas de rocío,
perleaban su ironía florentina
en medio del boscaje. Una divina
esencia se extenuaba en el vacío.

Fué entonces cuando un labio irrespetuoso
habló de los derechos del esposo,
al corazón de la mujer sumisa;

y entonces fué cuando en tus labios puso,
como en un libro de concepto abstruso,
una coma de nácar tu sonrisa.

El pensamiento

DESDE el valle á las cumbres espantables
que perforan el hondo firmamento,
el cóndor va subiendo en un aumento
constante de aletazos formidables.

Brillante la pupila de insaciables
ambiciones, se eleva sobre el viento,
y llega, conducido por su aliento,
á regiones de luz, irrespirables.

Mas, cuando ve su anhelo realizado
(tal los hombres que sueñan con la gloria),
siente estallar el pecho denodado,

y vencido en su empresa gladiatoria,
rueda al abismo, el corazón gastado,
vestido por el Sol de la Victoria.

El carácter

DESAFIANDO las roncas tempestades
que agitan al oceano clamoroso,
se levanta el peñón como un coloso
extraviado en abruptas soledades.

Del rayo á las fulgentes claridades
ve acercarse el oleaje fabuloso
sin que turbe su calma el estruendoso
clamor de las neptúnicas deidades.

Y cuando llega, resonante y brava,
la onda, en su seno indiferente clava
su aguja de granito dura y fría;

y al estallar un grito de agonía
salta á los cielos espumante baba
convertida en un haz de pedrería.

La vida del hombre

AULLABA el huracán sus aflicciones
al través de las tierras desoladas,
y sus largas melenas empapadas
en las breñas quedaban en girones.

Dando saltos, corría á las regiones
de las nubes, y á crueles dentelladas
destrozaba los blancos escuadrones,
que huían en frenéticas bandadas.

Cansado de luchar, al fin, volvía
á ocultarse en su lóbrega caverna
y cerca de un peñón se detenía,

donde una niña blanca del cercano
valle, venía con dulzura eterna
á peinarle las crines con su mano.

La espina del rosal

BRILLABAN fulgurantes tus dos ojos
como vivos diamantes extraviados
en la noche. El milagro de tus rojos
labios fingía besos afiebrados.

Con tus manos de dedos afilados
deshojabas jacintos. Sus despojos
parecían mis sueños. Con sonrojos
te reclamé los pétalos quebrados.

Tuviste un vago despertar. Tu frente
se auroleó de palidez sumisa.
Y al donarme las flores dulcemente,

con un gesto traidor que no me explico,
ví posarse en tu boca el abanico
y en tu abanico desmayar la risa.

Venus Victa

"NO tienes alma"—murmuró aquel niño
que, pálido de amor, con leves manos
deshacía en tu falda los tempranos
pétalos rojos del primer cariño.

Tuvo, entonces, tu frente un desaliño
de líneas. Por tus ojos soberanos
cruzaron resplandores sobrehumanos.
Se entibió la blancura de tu armiño.

"No tienes alma" — con su voz tremante
el doncel repitió. Por un instante
en él clavaste tu mirada fría.

Luego, en silencio, llena de sonrojos,
el fulgor apagaste de tus ojos.
Y fué la noche en la mitad del día.

Las flores histéricas



Orquídea

VA lentamente la princesa pálida
al través del jardín: la maravilla
de su pie diminuto en la arenilla
pone un leve gemido de crisálida.

Gotas de sol, filtrando por la escuálida
trabazón de un abeto, en la sombrilla
de la hermosa diluvia una mancilla
de oro, que tiembla con sonrisa cálida.

Á la vera de un banco se detiene
taciturna. Sus líneas majestuosas
al sentarse formulan curvas bellas.

Y entonce en torno de la niña viene
un enjambre de blancas mariposas
á formarle un zodíaco de estrellas.

Amapola

LAS mantas de su lecho en una huída
arrugaban sedosas claridades,
dejando en descubierto la querida
mujer de las eróticas bondades.

Hubo un mimo muy quedo en la perdida
penumbra y un bostezo. Las maldades
de la sombra cayeron en mitades
al entreabrir sus ojos la dormida.

Entretanto, al alzarse sobre un codo,
que profanaba la trivial almohada,
miró, sonriendo, su imperial frescura.

Entreabrió su camisa con un modo
de niña ingenua, y en su tez nevada
puso el carmín su vívida premura.

Crisantemo

EN el trigal, reverberante de oro,
surge el perfil de la pequeña anciana:
va despacio, al través de la mañana,
como una nieve de impalpable lloro.

Entre sus brazos, cual vibrante coro
de flexibles agujas, la temprana
espiga se desborda con liviana
majestad de un olímpico tesoro.

Así, con tardo paso, silenciosa,
se aleja por la línea del camino
como una sombra de contorno leve.

Y el sol, con alegría bulliciosa,
alzándose en el cielo matutino,
besa sus sienes de inviolada nieve.

Loto

EL samuraï de máscara espantosa
sintió temblar su espada en la cintura
cuando el Hijo del Cielo hirió con dura
palabra su conciencia virtuosa.

En silencio bajó por la tortuosa
calle. Su paso, con feroz premura,
iba haciendo sonar de la armadura
el alma retemplada y sonorosa.

Por fin llegó á su casa. Ardía el odio
en sus pupilas con la extraña llama
con que se enciende en el soplete el sodio.

La espada heroica desnudó sumisa,
y al clavar en su vientre aquella lama
le inspiró la Venganza una sonrisa.

Mirasol

PASABA la walkiria en un redoble
formidable de cascos. Su bravía
figura sobre el cielo entretenía
el valor en un campo de sinoble.

Clavando en el azur la injuria doble
de su pupila, al llano descendía,
donde un sangriento horror le entreabría
hueco propicio á su feroz mandoble.

Toda la tarde en rítmico entrevero,
su espada dibujó un carmín caliente
entre enemigos de un rodar sonoro.

Y al levantar, por fin, con altanero
movimiento su escudo, el sol poniente
quebró sobre él un mirasol de oro.

Tulipán

SOBRE el teclado del adusto piano
pasaba en un revuelo la harmonía
de su mano; y el piano diluía
la armonía silente de su mano.

Un acorde, más grave que un anciano,
sollozó en la penumbra: al par latía
un gorjeo de vívida alegría
en un trino de aliento sobrehumano.

El doncel que escuchaba silencioso
á la marquesa, levantó su frente,
— su frente alba como un blanco yeso.—

Y mientras ella con afán doliente
reclinó su cabeza, presuroso
sintió en sus sienes aletear un beso.

Camelía

LA luz de las bujías en un pleno
desborde de azulados resplandores
incendíaba las copas y las flores
con la ardiente alegría de un Síleno.

De las mujeres el desnudo seno
temblaba con minúsculos ardores
bajo las barbas torvas de señores
que las violaban con un gesto obsceno.

En su sitial de sándalo tendida,
como una flor en un cojín de seda,
Afrodita se aburre, envilecida.

Mas, un golpe de tos que la conmueve
y que retiene con la mano queda,
pone un rubí sobre su blanca nieve.

La comedia pastoral

El Angelus

AL través de los campos vuelven los campesinos
con pasos fatigados, á sus pobres hogares:
al hombro las horquillas remedan singulares
tridentes que se incrustan en cielos vespertinos.

Tienen tonos de cinc los lejanos caminos,
y perfuman la tarde ocultos azahares;
sobre horizontes grises chimeneas impares
fuman columnas de humo con modos paulatinos.

Allá, en los hondos cielos la blanca estrella late
como una triste amiga, como una suave hermana.
De pronto, en el silencio austero que se abate,

sobre la tierra vibra el son de una campana.
Y su frente el labriego, con mano respetuosa,
descubre ante la Muerte que pasa silenciosa.

Las espigas de oro

DILUVIA el Sol sus rayos en hileras de hormigas
sobre los campos ricos de mieses espigadas,
mientras sobre el camino de tintas agrisadas
van las tardas carretas rebosantes de espigas.

Sobre la misma parva sus dos sombras amigas
ven danzar Palemón y Cloris. Sus miradas
se encuentran, y, á la vez, dos frescas carcajadas
celebran de las sombras las múltiples fatigas.

Luego, juzgando el mozo propicio aquel instante,
sobre el cuello de Cloris pone su labio amante.
La niña se endereza; con pronto movimiento

aplica al compañero un bofetón sonoro,
y en una carcajada que es un desborde de oro
toda su dentadura flamea sobre el viento.

Tarde de verano

LA tierra suda fuego bajo un sol igniscente
que cruza perezoso por el combo del cielo;
los campos se han vestido de verde terciopelo,
y cual plateado espejo reverbera el ambiente.

Allá abajo, en la ciénaga, hay un zumbido ardiente
de moscas que envenenan el aire con su vuelo.
En las ramas los nidos denuncian un desvelo,
y todo el tierno césped murmura sordamente.

Un calor sofocante de fragua viva aplasta
los seres y las cosas. Con torpe somnolencia,
debajo de unos árboles un toro viejo pasta.

Y cerca de la casa, donde una parra loca
se retuerce los brazos con trágica demencia,
su gaita la chicharra furiosamente toca.

Lágrimas

SOBRE el césped tendido con gasas esmeraldas
danza la turba alegre de sencillos pastores,
mezcladas las chaquetas de sombríos colores
con los festivos tonos de las lucientes faldas.

Bajo los frescos árboles ceñidos de guirnaldas
y entre el polvo que flota con dorados fulgores,
se entrecruzan suspiros y risas, como flores
que besan las mejillas ó azotan las espaldas.

Frente á un pequeño grupo de pastores cansados,
Floriza y Artidoro bailan entrelazados,
teñidas las mejillas con resplandores rojos,

y no ven á Amarilis que, en triste desconsuelo,
se aleja silenciosa mordiendo su pañuelo
é inundados de lágrimas sus pobrecitos ojos.

En el abrevadero

AL fresco abrevadero Melibeo conduce,
cuando declina el día, su paciente ganado,
y al través de los campos, como un hongo nevado,
discurre la silueta del sombrero que luce.

Sobre la tierra dura del camino produce
el paso de las bestias un redoble pausado,
y el polvo que dormía bruscamente inquietado,
álzase y en los ojos del pastor se introduce.

Por fin las vacas llegan bajo los graves sauces
y las bocas refresca el agua transparente.
Entonces Melibeo coge la flauta, al verlas

contentas, y á los sones con que llena el ambiente,
responden las gotitas que caen de las fauces
sobre la linfa clara, como un hilo de perlas.

Los incorregibles

SOBRE la tierra dura van sonando los zuecos
con pausada cadencia de crótalos cascados,
y el cubo que la vieja lleva con fatigados
brazos, sobre el camino arrastra húmedos flecos.

Con saltos de alegría dos mastines entecos
le hacen rueda y la siguen. Sus ladridos quebrados
resuenan al través de los campos labrados,
y allá abajo, en la casa, hacen salir los ecos.

Impacientada al cabo con los roncos ladridos,
para espantar los perros la blanca vieja grita.
Sosiéganse y despacio se alejan, confundidos;

y al ver aparecer entre un « cerco » de « pita »
la turba de polluelos de la vieja al reclamo,
la reprimenda olvidan y hacen un desparramo.

Bajo el ombú

Es un anciano ombú. Su tronco retorcido
levanta al firmamento las líneas torturadas
del grupo de Laoconte. De noche, las cansadas
estrellas en sus ramas llegan á hacer el nido.

Esa tarde, Taurisa y Orfenio han acudido
á su sombra pacífica. Sus almas conturbadas
por secretos anhelos se dicen las gastadas
palabras siempre buenas del amor compartido.

El pastor habla bajo. La niña, que es muy linda,
se ha puesto de repente roja como una guinda.
Es que Orfenio esquivando con vergüenza los ojos

le ha pedido á Taurisa sencillamente un beso,
un beso de cariño entre sus labios rojos...
Y ella se ha sonrojado, nada más que por eso.

La madrugada

LA noche está acostada sobre la tierra dura.
Allá en el cielo tiemblan exangües las estrellas.
En el bosque se aplastan silencios sin querellas
ni rumores de åves. Aún duerme la natura.

Pero allá, en el Oriente, la risueña blancura
del alba se estremece en tímidas centellas,
y los astros se apagan como enfermas doncellas
que van hacia la muerte con tranquila dulzura.

Frío. Hace mucho frío. El aire está repleto
de frío y de perfumes, de perfumes muy suaves.
Las cosas ya se advierten en un desmayo inquieto.

Empiezan en las ramas á despertar las aves.
Un hombre, con un freno, va en busca del caballo.
Y en medio del silencio toca su diana el gallo.

Las ranas

LA tarde está vestida con cendales violetas.
Las sombras de los montes se alargan silenciosas,
y á poco los perfiles y sombras de las cosas
se pierden en confusas medias tintas inquietas.

Junto al charco los árboles encubren sus siluetas,
y al mismo tiempo vibran en lo alto, recelosas,
las primeras estrellas. Las aguas cenagosas
se llenan de repente de harmonías secretas.

Y así en la calma grave de la tarde, un lamento
palpita persistente en las alas del viento.
Son las ranas que lloran, contemplando los astros,

amores imposibles, celestiales cariños;
son las ranas que lloran tras imposibles rastros,
con el llanto monótono de los pequeños niños.

Noche Buena

EN torno del hogar que arde con buena llama,
forman corro los buenos aldeanos reunidos.
En sus rostros la lumbre pone los encendidos
carmines que destila el tizón de una rama.

Esa noche los niños no se han ido á la cama.
Los ojos muy abiertos y de susto vestidos,
oyen cuentos fantásticos con placer repetidos
por el blanco abuelito que en su obsequio los trama.

Luego, circulan tortas que aún están calientes,
y las risas se nievan con hileras de dientes.
Se entonan villancicos que parecen un ruego;

pasan jarros de vino; hay apuestas extrañas;
y en salva de cohetes, tostándose en el fuego,
estallan de repente las morenas castañas.

Pastel de Millet

EL último granate se apaga en Occidente.
De la tarde que muere los grises esfuminos
disuelven los perfiles de hogares campesinos
que tiemblan allá lejos, muy lejos, tristemente.

Las estrellas se encienden, en lo alto, lentamente.
Ha un instante cruzaron los rústicos caminos,
como una banda errante de torvos asesinos,
los gritos de los perros. Se ensombrece el ambiente.

Sobre el hombro la azada, va despacio el labriego
al través de los campos. Su faz está cubierta
de terroso cansancio. Y de pronto, en el fuego

que allá abajo se escapa de su hogar, á retazos,
surge su compañera, con un niño en los brazos,
esperándole ansiosa en medio de la puerta.

Los bueyes

EL campo está cubierto por la larga oleada
de tierra removida en parejos jalones.
El ambiente fulgura sus reverberaciones
como un cristal inmenso de lámina azoada.

Los bueyes taciturnos con su marcha pesada
van sobre el negro surco destripando terrones.
Sobre sus lomos vuelan enjambres de moscones
que espantan con la borla de su cola delgada.

A veces un descanso les propicia el labriego
porque el día es pesado y el sol destila fuego.
Entonces mansamente, alzando la cabeza,

miran sus ojos grandes de verdes claridades,
como si en medio de su inconsciente tristeza
adivinaran de pronto lejanas libertades.

La lechuza

SOBRE el cerro que tiende su loma serpentaria
bajo el eterno azul de un cielo indiferente,
levanta la «tapera» su figura doliente
con una mueca triste de vieja visionaria.

Allí la ven las noches de seda milenaria
alzar á las estrellas la arruga de su frente
y sus brazos derruídos, con la actitud ferviente
del que siente en el alma latir una plegaria.

Á veces por la sombra una tiniebla cruza
y cae entre las ruinas con un vuelo maligno.
La noche se estremece. Es la negra lechuza

que al posarse en un palo, con su mirada inerte,
finge entre aquellas ruinas un espantable signo
de interrogación puesto sobre la arcana Muerte.

La Vendimia

AL través de los zarzos los mozos diligentes
van cortando racimos risueños como el oro,
y detrás las mujeres, en harmonioso coro,
recogen en canastas los granos relucientes.

Un gañán que se ríe con blanquísimos dientes,
escoge entre las uvas el más rico tesoro
y á una garrida moza diciéndole: «te adoro»,
lo dona, sonrojándose con carmines murientes.

Otro, cual joven Sátiro, con pámpanos corona
su frente, y á una linda muchacha que á su arrimo
trabaja, roba un beso. Mas ella no perdona

el loco atrevimiento, y con un gesto rudo
aplasta sobre el rostro del galán un racimo,
que así manchado finge un cuadro de Barbudo.

Voces de la noche

Es una gigantesca y grave sinfonía
compuesta de mil sones, de mil ruidos compuesta,
que surge de la noche en la invisible orquesta
como un triste lamento de miedo y de agonía.

Hay frotamientos de hojas en larga letanía;
hay sollozos del viento que son una protesta;
hay de muchos insectos el murmurio de fiesta,
y hay del mismo silencio una grave elegía.

A veces, en la sombra, perdido en la distancia,
ladra un perro á la luna su afónico lamento,
y otras, vivo llamado se escapa de la "Estancia".

Y siempre, sin relapso, á manera de trino,
acompaña la orquesta con viril ardimiento,
el grillo impertinente tocando el mandolino.

Sensación bíblica

LA mañana se embriaga con gotas de rocío;
los tréboles perfuman el valle dulcemente,
y allá abajo en el borde del sonrosado Oriente
tiembla una risa de oro con mágico desvío.

Los troncos de los árboles se arrugan con el frío.
Como flechas los pájaros rayan el alto ambiente.
Y los bosques llenándose con un rumor creciente,
palpitan vigorosos con un placer cabrío.

Lamia, Auristela y Cloris en ronda de alegría
van cantando al través de la fresca mañana.
Traen sobre sus hombros desde la lechería

las ánforas de barro llenas de leche sana.
Y al pasar sobre el nimbo con que se anuncia el día,
el alma evoca el gesto de la Samaritana.

Llueve

TODO el día ha llovido con calma funeraria:
la tierra está empapada, viscosamente obscura,
y en diminutos charcos el lamento perdura
de la lluvia que cae porfiada y rutinaria.

En el aire que envuelve la desierta llanura
flota una niebla gris como exhausta plegaria.
Los árboles heridos por la lluvia plenaria
se encogen, temblorosos, con gestos de pavura.

El viento, como un lobo, se ha escondido en las cañas;
no se oye otro lamento en la inmensidad plena
que el rumor de las gotas: su nimia cantilena

hace dormir las torvas y lejanas montañas.
Y siempre, sin descanso, todo el cielo se llena
con los hilos flotantes de invisibles arañas.

Las ovejas

A lo largo de rutas polvorientas y viejas
van trazando los largos hilos del alambrado
su pauta musical, donde el viento cansado
pone canciones tristes como antiguas consejas.

Y en un trote menudo desfilan las ovejas
bajo el ronco ladrido de un perro asendereado
levántando columnas de un polvillo agrisado
que dibuja en el aire sus siluetas complejas.

El crepúsculo llega lentamente. Su opaca
melancolía enferma la tarde, y la colora
con sus tonos violetas de litúrgicos lirios.

Y en tanto las ovejas pasan sobre la hora
crepuscular como una maravilla de laca
hecha por un artista de nevados delirios.

Los potros

LA aurora sus clarines de rayos amarillos
lanza triunfal al combo del cielo opalescente,
y la tierra dormida despierta de repente
en medio de perfumes salvajes y sencillos.

Encendidos los ojos con repentinos brillos,
los potros que yacían alzan la noble frente
é irguiéndose contemplan el inflamado oriente
donde vibran y sangran fantásticos cuchillos.

Entonces, poseídos de súbita locura,
las fauces humeantes y enarcados los cuellos,
en un galope heroíco cruzan por la llanura;

y el sol que se levanta en remotos confines
azuza su carrera de raudos atropellos
clavando flechas de oro en sus crispadas crines.

Otoño

HA caído una hoja en medio del camino.
La tarde está muy quieta, perfumada y sonriente,
y allá sobre la línea del lejano Occidente
llueven rosas lo mismo que en un altar divino.

Mas la hoja ha caído: su viejo oro cetrino
con tumbos por el suelo resbala opacamente,
y el céfiro que pasa cansado, balbuciente,
la lleva poco á poco al azar del Destino.

En tanto Leuconoe meditabunda llega
á la cisterna, donde el agua está dormida:
fué allí que su Cratilo le dió la despedida

una tarde, después de la postrera siega;
allí donde ella vuelve y nunca el mozo llega..
Ahora, en el camino, hay una hoja caída.

Indice

Págs.

Tetrapylum IX
Bocetos montevideanos: Víctor Pérez Petit XI
Modalidades de un artista XVI
"Los modernistas". XXIII
Del libro "Prosas laudes" (fragmento) XXVII

I — EL CICLO DE HIERRO

Los Siglos

Las fieras. 5
Las cigüeñas. 7
La ciudad que arde. 9
Primavera. 11
Visión lunar 13
La estrella del conquistador 15
La virgen violada 17
Los mercenarios. 19
Danza macabra 21
Bacanal griega 23
Bacanal indú. 25
La crucifixión de los leones 27
Santa Sofía 29
Desdén feral 31
El origen de las flores. 33
Los elefantes. 35

Págs.

El sacrificio 37
Guzla de placer 39
La caravana 41
La vejez del Sátiro 43
Petronio 45
La muerte de las Amazonas 47
Amina 49
Pan 51
La creación de los desfiladeros 53
La Pitonisa 55
El sol negro 57
El Terremoto 59
Medioevo 61
Camafeo 63
Austerlitz 65
Scutari 67
La orgía de los colores 69
Las cóleras del mar 71

La muerte de Babylonia

I La Ciudad 75
II El Eufrates 77
III Las murallas 79
IV El templo de Belo 81
V El mercado 83
VI Los sacerdotes 85
VII El rito de la Diosa 87
VIII Las cortesanas 89
IX La guerra 91
X La guerra 93
XI Los cuervos 95
XII La orgía 97
XIII La orgía 99
XIV La orgía 101
XV Ciro 103
XVI El saqueo 105
XVII La Muerte 107

Mujeres bíblicas

Dalila 111

Págs.

Abisag Sunamita 113
Thamar. 115
La reina Vasthi 117
Ruth 119
La mujer de Loth 121
Athalía. 123

Tríptico: Nerón

I. 127
II 129
III 131

Tríptico: La visión del Gólgotha

I. 135
II 137
III 139

II — EL CICLO DE ORO

Las Horas

La tuberculosa 145
Beethoven. 147
La traición 149
Dicha secreta. 151
Besamanos medioeval 153
Aquiescencia 155
Chopin. 157
Verlaine 159
Sobre el lago. 161
La obrerita 163
Las Cíclades de oro 165
La amante se desnuda. 167
Estampa de Paul Berthon 169
Las luciérnagas 171
La caída de la tarde 173
Paisaje de abanico 175
La tempestad que llega 177
La musmé 179
Tramonto 181
El tren que pasa. 183

Dagas de oro Págs.

Duelo galante 187
Iris 189
Desencanto 191
Sonrisa florentina 193
El pensamiento 195
El carácter 197
La vida del hombre 199
La espina del rosal. 201
Venus victa 203

Las flores histéricas

Orquídea 207
Amapola 209
Crisantemo 211
Loto 213
Mirasol. 215
Tulipán. 217
Camelia 219

La comedia pastoral

El Angelus 223
Las espigas de oro 225
Tarde de verano. 227
Lágrimas 229
En el abrevadero 231
Los incorregibles 233
Bajo el ombú 235
La madrugada 237
Las ranas 239
Noche Buena. 241
Pastel de Millet 243
Los bueyes 245
La lechuza 247
La vendimia 249
Voces de la noche 251
Sensación bíblica 253
Llueve 255
Las ovejas. 257
Los potros 259
Otoño 261





